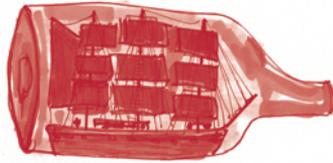


**José Manuel
Caballero Bonald**



VIVO ALLÍ DONDE ESTUVE

**POEMAS ESCOGIDOS
(1952-2012)**

**SELECCIÓN Y PRÓLOGO
José Ramón Ripoll**

**José Manuel
Caballero Bonald**



VIVO ALLÍ DONDE ESTUVE

**POEMAS ESCOGIDOS
(1952-2012)**

SELECCIÓN Y PRÓLOGO
José Ramón Ripoll

PRIMERA EDICIÓN: 2.000 EJEMPLARES

EDITA: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Deporte

© DE LA EDICIÓN: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura y Deporte

© DE LA SELECCIÓN Y EL PRÓLOGO: JOSÉ RAMÓN RIPOLL

© DEL TEXTO: JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Depósito Legal: SE-776-2013

Impreso en España - Printed In Spain

Imprime Tecnographic, s.l.

No es fácil afrontar una selección reducida de la poesía de José Manuel Caballero Bonald, declarado como Autor del Año en Andalucía y último Premio Cervantes de la literatura en lengua española. Su voz exhaustiva, así como su rigor en la elección de las palabras, su marcada voluntad de riesgo en la música de sus versos y en la concepción formal de sus estructuras líricas, dificultan desde luego cualquier conato de antología.

Ese es el esfuerzo decidido al que se ha entregado José Ramón Ripoll (Cádiz, 1952) durante los últimos meses, hasta reunir en este libro un puñado de ejemplos esenciales de la poética del escritor jerezano. Su afán, no obstante, ha logrado conciliar su pericia lectora y crítica con un diálogo abierto con el propio homenajeado, al objeto de cribar sus títulos, desde “Las adivinaciones” a “Entreguerras”, a fin de que el lector no iniciado pueda familiarizarse con sus atmósferas, su armonía o sus coherencias estilísticas a pesar de que en su bibliografía convivan textos bellamente herméticos con alegatos cívicos que tampoco renuncian a la elegancia literaria.

Encuadrado tradicionalmente en la Generación del 50, Caballero Bonald asume el mejor rasgo de dicha promoción: su profundo individualismo, su voz clara y perceptible con sobrada personalidad y sin ningún atisbo gregario. A pesar de todo ello, como ciudadano, el autor de *Manuel de infractores* se ha mostrado siempre partidario de lo público, del afán colectivo en aras del progreso, tanto desde el punto de vista ideológico como económico. Compañero de viaje de quienes luchaban contra la dictadura franquista, como tantos otros escritores de este país, conoció la cárcel y la censura. Por lo tanto, no sólo estamos celebrando a través de estas páginas a un poeta mayúsculo de nuestra literatura sino a uno de esos ejemplos claros de que la conquista de la belleza artística también debiera conllevar la lucha por la justicia.

Entre los textos seleccionados por Ripoll, nos encontraremos con interiores poderosos y geografías heterodoxas, con la fascinación por la música o la creencia incierta de que la memoria y la ficción suelen entrelazarse en la

vida real y en su trasunto literario. José Manuel Caballero Bonald constituye, por otra parte, uno de los mejores vínculos andaluces con América, dos espacios geográficos con una parecida temperatura sentimental y con un código similar, a través de un idioma compartido que nos permite que el barroco siga siendo una costumbre cotidiana más que un ilustre fósil arqueológico.

Luciano Alonso Alonso
Consejero de Cultura y Deporte
Junta de Andalucía

INTRODUCCIÓN

JOSÉ RAMÓN RIPOLL

LA INSUMISIÓN DE LA MEMORIA

Escribir sobre la poesía de José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 1926) ciñéndose solamente al ámbito de su producción en verso supone, de entrada, una limitación, pues no es fácil toparse con un escritor contemporáneo en lengua española cuyas raíces puramente poéticas se ramifiquen en géneros tan diversos, como demuestran sus poemas, novelas, ensayos o memorias. Aunque según la concepción que el autor ha venido manteniendo de la poesía, esta es una consecuencia del lenguaje y del armazón del propio poema, podemos trasladar tal idea generativa a otros recintos de la escritura y observar cómo de sus mejores prosas e incluso de sus reflexiones más teóricas sobre ciertos aspectos de la vida surge un discurso intrínsecamente poético que riega como un río todo el espacio expositivo, convirtiendo las regiones más áridas en tierra fértil donde germina la palabra. Así, es imposible obviar al poeta para acercarse al narrador o viceversa, pues la poesía engloba, en este caso, la totalidad creativa de un hombre que trata de contemplar la realidad más allá de sus apariencias, traspasando sus límites convencionales o aquello que nos dicen que en verdad es el mundo. Y para penetrar en esa pretendida existencia es preciso rasgar su superficie, bajo el impulso de la palabra poética, que se extiende desde el primer libro de versos, *Las adivinaciones* (1952) hasta *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas* (2012): sesenta años de creación que no podemos separar del mundo narrativo de *Ágata ojo de gato* (1974) o *Campo de Agramante* (1992); los dos volúmenes de memorias –*Tiempo de guerras perdidas* (1995) y *La costumbre de vivir* (2001)–; su vertiente ensayística como observador de la literatura. –*Copias del natural* (1999) u *Oficio de lector* (2013)–; sus trabajos flamencológicos –*El baile andaluz* (1957) o *Luces y sombras del flamenco* (1975)– y en su visión heterodoxa del

Sur –*Sevilla en tiempos de Cervantes* (1992) o *Andalucía vista por los andaluces* (2003)–. Lo cierto es que donde se concentra ese brío con mayor intensidad es en la sección estrictamente poemática, que atraviesa a grandes trechos la larga carrera de Caballero Bonald, insuflando un aliento renovador a cada una de las etapas que dan cuerpo a su singularidad estilística. Su poesía es, pues, foco de toda la literatura que emana de su pluma, al tiempo que convierte ese ejercicio literario en sustancia poética.

*

Por edad y simpatías –más ocasionales que meramente literarias– nuestro autor pertenece a la generación del medio siglo XX y, por afinidades electivas, al llamado Grupo del 50 que, al decir del propio poeta, obedecía más a la consecución de unos objetivos sociales determinados, como fueron el derribo de la dictadura franquista, la conquista de las libertades cívicas y la lucha contra la injusticia social, que a unos postulados estilísticos comunes. De hecho, Caballero Bonald, junto con José Ángel Valente y, en parte, Claudio Rodríguez, se desmarca del resto de sus integrantes, tanto en la forma de escribir, como en la manera de concebir el hecho poético. Desde sus primeros versos, cree en la palabra como raíz del ser o signo primigenio que, en su conexión subterránea con las otras palabras no evidentemente visibles y distanciadas de sus sentidos usuales en la lengua común, nos vivifica o, tal vez, nos salva de la ignorancia consentida, lo que le sitúa en la estirpe de ciertos poetas buscadores, que dan sentido a su obra y a la vida en la experiencia e indagación del lenguaje. De algún modo, esta característica ha venido definiendo su estilo a lo largo de los años, aunque tal práctica de introspección con el propio idioma no haya menguado para nada su convicción de que la literatura es, además de una fuente de conocimiento, un instrumento para modificar la realidad. Precisamente, cuando el resto de su promoción optaba mayoritariamente por la adopción de un lenguaje lo suficientemente realista que propiciase la identificación emocional del lector con el poema y su comprensión inmediata, Caballero Bonald iniciaba un camino sinuoso, casi en solitario que, sin variar sus posicionamientos críticos,

le condujo a escarbar más profundamente la conciencia personal y sus contradicciones con las herramientas y desde los límites de una lengua consustancial a esa propia excavación. Sin embargo, siempre ha considerado la escritura como un acto de rebeldía: “Yo no puedo escribir si no me siento en la inminente necesidad de defenderme de algo con lo que estoy en radical desacuerdo. El acto de escribir supone para mí un trabajo de aproximación crítica al conocimiento de la realidad y también una forma de resistencia frente al medio que me condiciona.” Son palabras escritas en 1968, cuando el escenario político era otro, pero esa misma insumisión ha seguido candente a lo largo de sus versos, desde los que el poeta no solo arremete contra el estado de cosas que le ha tocado vivir, como ocurre en *Manual de infractores* (2005), indignado por el despotismo político, la avaricia económica, la destrucción o la hambruna, sino que adopta un pronunciamiento constante, en nombre de la memoria, contra el pensamiento único y fosilizado que el poder impone desde sus resortes más imperceptibles. Por eso desconfía de las normas impuestas bajo excusa de una pretendida tradición que uniforma el discurso colectivo y tapona el paso hacia el desacato individual, impidiendo así el enfrentamiento del poeta con las formas, las estructuras y la inercia histórica de una escritura concebida, en el fondo, como analogía del orden social.

En el reciente discurso de investidura como doctor honoris causa de la UNED (2013), Caballero Bonald escribió y pronunció estas palabras: “Se ha dicho que la literatura que más efectivamente sobrevivirá será aquella que, un poco al margen de su propia tradición, actualice lo más aprovechable de esa tradición, aporte alguna innovación, alguna subversión operativa. Una idea arriesgada, pero atrayente: subvertir equivale en este caso a trastocar el orden literario establecido. Desobedecer la norma significa asimilar determinadas novedades estéticas, una vez admitido que la gran literatura está hecha por grandes desobedientes.” El hecho de escudriñar en los pasadizos subterráneos del poema es un acto de subversión para el poeta, puesto que desde ese subsuelo se puede hacer tambalear las estructuras que sostienen a un lenguaje convencional manipulado por el poder y, en definitiva, remover las conciencias de quienes lo utilizan sin la mínima aversión crítica.

*

Si el lenguaje es el eje fundamental de la poesía y, por extensión, de toda la obra del poeta, la memoria es el centro donde se fundamenta su equilibrio: memoria como conocimiento de nuestra proveniencia –de ahí la importancia de identificar el eco de la historia o el primitivo signo que nos confirma como seres vivos–, pero también para intuir aquello que no fuimos (“Mi memoria contempla una oquedad sin nadie / en el sitio en que fui quien nunca he sido”) y que también constituye una parte esencial de nuestra presencia. Desde el comienzo de su obra, el poeta se alía con la memoria para andar y desandar el pasado e incluso corregirlo, lo reinventa para vivirlo y contarlo –*Vivir para contarlo* es precisamente el título de su segunda antología poética (1969)–, en un afán de rescate de todo aquello que tangencialmente tocó y no le pertenece (“...me abandono / en quien fui y hacia atrás me rescato, / volviendo siempre a desandar el tiempo, / reencontrándome siempre lo perdido). Mas no hay nostalgias ni lamentaciones por aquello que “realmente” no vivió, ya que dicha recuperación se incorpora a su experiencia y, desde atrás, proyecta luz y señala la ruta de la vida: “Mi propia profecía es mi memoria: / mi esperanza de ser lo que ya he sido.”

La memoria es además previsión contra los maleantes empeñados en hacérnosla perder o en provocar al olvido para que difumine un paisaje neblinoso donde no sea posible el reconocimiento de quiénes somos (“Máscara sin memoria, líbrame / de parecerme a aquel que me suplanta.”) y tras el embozo de la mentira, tergiversar la historia y justificar el presente más lúgubre:

Un escenario triste
devasta la memoria, hoy como ayer
irreparablemente
disfrazada de paz, clamando
todavía con máscaras de guerra,
alzando con coturnos
la estatura falaz del oficante.

Por eso, el poeta concede a la memoria movimiento perpetuo y enlaza su final con el principio en un recorrido sin solución de continuidad que lo mantiene alerta, no permitiendo la capitulación frente al olvido:

Fin de trayecto
y punto de partida: la impávida frontera,
la margen circular de la memoria
vengándose por medio del olvido.

Memoria, no de ayer, sino de un todo, que procede de antes pero abarca el futuro desde el hoy, algo así como un verbo inconjugable más allá de los tiempos, que nos contiene y nos empuja (“la memoria que tengo de mañana”), nos vela y desvela ante el fluir de la rutina y su correspondiente amnesia.

Si la memoria es vigilia contra las adormideras de los poderosos, también es testimonio y fe de vida. Ella custodia lo vivido y señala lo por vivir, y en sus recónditos desvanes se encierran los recuerdos más íntimos, dolorosos a veces, plenos de gozo y alegría en otras ocasiones, pertenecientes quizás a fugaces instantes de la infancia o adolescencia del autor, que siguen encendidos e iluminan trayectos importantes de su itinerario poético. Mas no se trata de meras remembranzas personales, sino de vívidos episodios que, al ser tratados por medio de un depurado lenguaje que resalta sus sombras más auténticas, trascienden la órbita del poeta para situarse en el lugar del otro y allí permanecer autónomamente, generando su propia memoria. La autobiografía se convierte pues en vestigio o en crónica lírica de una historia común, generacional o colectiva que, gracias a los resortes expresivos del protagonista y a su inquietante prospección lingüística, transforman el poema en rastro imprescindible para descubrirnos a nosotros mismos. Así, en títulos como “El patio”, “El registro” o “Antiguo verano”, la mirada del niño al paisaje familiar o a los sucesos concretos que en cada poema se evocan, nos la devuelve, hasta el punto de que el lector parece observar a través de sus propios ojos la realidad creada en el poema y sentirla suya, en un proceso que va más allá de la simple identificación con el texto. Y todas estas transposi-

ciones poco tienen que ver con las anécdotas que puedan desprenderse de lo evocado o con el argumento de lo “sucedido”, pues en ningún caso se trata de una transcripción del pasado a través de los procedimientos habituales del estilo realista o figurativo, sino de usar esas vivencias como ráfagas, a veces inconexas, que aportan un clima sentimental al poema, mientras este va construyendo su edificio sobre una materia verbal aportada por esas experiencias. En uno de los poemas más “narrativos” del autor –“El registro”–, donde se cuenta la irrupción de unos falangistas en el domicilio familiar, recién comenzada la guerra civil, en busca de papeles y documentos que involucraran al padre, el niño permanece inmóvil junto a sus hermanos, confundiendo el odio de los asaltantes con su miedo, pero en ningún momento la voz del poeta adquiere el tono admonitorio o llega a formar parte del grito general que estas situaciones merecen, sino que, una vez contemplada la batida, se limita a decir entre paréntesis: (“María, Rafael, que ya es la hora: / ya todo terminó, ya somos tiempo.”), porque el tiempo es otra de las líneas tangentes que atraviesan la obra de Caballero Bonald que, no casualmente ha venido recogiendo en varias ediciones desde 2004, bajo el epígrafe de *Somos el tiempo que nos queda, Obra poética completa 1952-2009* (2004, 2007 y 2011).

*

El tiempo es elemento recurrente y, a la vez, recurrido por casi todos los poetas, y de una forma más perentoria y acuciante por los miembros pertenecientes a la generación del 50, quizás por el desvelo justificado ante las mordazas morales y políticas que lo hacían irrecuperable. Sin embargo, en nuestro escritor el tiempo adquiere dimensiones más amplias y envolventes, casi metafísicas y existenciales, que lo conectan con cierto pensamiento universal, donde las coordenadas espaciotemporales se confunden adrede, en una especie de circunvalación alrededor del ser, a la manera del último Juan Ramón Jiménez, Octavio Paz o –en el terreno del pensamiento poético– María Zambrano o Martin Heidegger: espacio y tiempo intercambiándose (...permutar/ colores por sonidos, intervalos / de espacio por distancias / de

tiempo) hasta concederle a este último categoría absoluta más allá de la medida que marca la cronología: “los relojes cotejan con el tiempo / sus posibilidades de supervivencia.” Tiempo que, por otra parte, es y no es, no se sabe a ciencia cierta dónde situarlo, pues rompe sus fronteras establecidas y trasciende su propio movimiento, es decir, no es eterno ni breve, simplemente es más allá de cuanto aceptamos por su apreciación natural, “ese azar insondable donde el tiempo prolonga / su razón de no ser”. Todo el tiempo sucede en una mínima parte, sin principio ni fin:

El instante que pasa ocupa todo el tiempo.

No hay final ni principio:
sólo el todo y la nada equidistando.

Pero no es Caballero Bonald un poeta de paradojas o un sofista de la palabra. No se plantea filosofar con ella sino revelarse a sí mismo y rebelarse contra la convención de los conceptos –como el tiempo, el espacio, la memoria, el olvido–, que es una manera de sedición contra un código impuesto por los mentores oficiales. El tiempo adopta en él corporeidad y hasta un sentido sensual y exótico –pues el amor y el erotismo envuelven también toda la obra de nuestro escritor–, algo así como un hueco que contiene pretéritos, presentes y futuros en el signo de un vuelo (“En la palabra tiempo anida / una gran ave blanca...”), pero también se desliza en otros cuerpos como sustancia del deseo:

Toco
tu vientre y se desplaza el tiempo
como la sangre
en un embudo mientras
a ciegas nos buscamos...

El tiempo es uno mismo sin uno mismo, lo que queda después de la presencia (“El tiempo empieza cuando ya te has ido.”), pero también nos

muestra antes de ser palabra y vida, quizás en los labios de la madre (“En el cercado prenatal del tiempo, allí / donde se neutralizan los nombres de las cosas, / está la madre.”) y por esa razón el tiempo se hace materia tangible, sinónimo de vida, identidad (“Ya no me queda sitio sino tiempo.”), parte de los enseres familiares desperdigados por la estancia:

La casa de mi hermano está llena de tiempo,
tiene el tiempo equitativamente repartido por todas las habitaciones
y hasta quedan sobrantes diseminados por alacenas y hornacinas.

Conforme va avanzando su obra, el poeta aumenta su insistencia en ese tiempo ya diferente al de los otros, y es en *La noche no tiene paredes* (2009) donde tal inquietud se manifiesta con intensidad, casi en forma de variaciones sobre un mismo tema, porque una de las virtudes de nuestro autor es merodear por un mismo territorio una y mil veces, anotando cuanto percibe a través de miradas y perspectivas distintas, en una especie de técnica de contrarios que, a la vez se superponen y se compenetran para contar una verdad, aunque como bien se señala en *Entreguerras* –y en dicha indicación se insiste en esa opuesta dualidad–, “no hay ninguna verdad que siga pareciéndolo en dos consecutivas ocasiones”. Por eso, lejos de parecer contradictorio, en el poema “Tiempo de los antídotos”, expresa cierto fastidio porque la edad le ha ido dejando sin venenos (“Los años, ay de mí, me han desmentido) y en “Ya era siempre”, otorga al tiempo desde su título una categoría permanente, “infugaz”, a través de un juego verbal definitorio en su poesía, donde la vida es sólo una inscripción en su eterno pergamino:

Tu imagen mientras tanto promulgaba
sus estatutos de perduración:
el obstinado éxtasis, la lenta pertenencia
a lo infugaz del tiempo.

Ya era siempre.

*

El espacio, como transformación del tiempo o donde este adquiere su materialidad, está bien definido en la obra de Caballero Bonald. Es una sucesión de planos que, desde diferentes estadios de la memoria, se entrecruzan y dibujan un rico paisaje formado por variadas imágenes, luces, colores, aromas, ambientes y perspectivas que el escritor ha ido acumulando a lo largo de sus estancias, viajes e impresiones por el mundo. Puede pensarse que se trata del mismo proceso que sufren la mayoría de los artistas, pero aquí lo peculiar consiste en una suerte de amalgama u horizonte único donde se superponen todos esos elementos previamente elaborados por el poeta, que configura, a su vez, el escenario de toda su obra: un territorio creado que, por su libre disposición, lo realimenta (“Potencia del paisaje, allí me emplaza / su libertad deslumbradora...”) y fortalece en momentos de flaqueza, ilustrando su teoría poética sobre la realidad (“El paisaje que miro me corrige cuando cierro los ojos por cansancio o desidia. Nunca la realidad pudo ser sustentada sin aportar su parte de ficción. ¿No es lo visible ya lo menos verosímil?”). Sin embargo, el paisaje que mira va tomando nombre y apellido conforme avanza la obra y, de un modo similar a Yoknapatawpha de Faulkner, Comala de Rulfo o Macondo de García Márquez, se convierte en Argónida, lugar situado en la Baja Andalucía –entre la ficción y la realidad–, al otro lado de la desembocadura del Guadalquivir, justo en el extremo sur del Coto de Doñana, que toma su nombre de la arcaica laguna que, al cabo de los siglos, acabó transmutándose en las marismas de Malcorta y Salgadera, una demarcación natural “poblada por tartesos y luego por tribus procedentes del norte de África”. En su novela *Ágata ojo de gato*, Caballero Bonald describe ya este territorio con un estilo inconfundible:

“En esa franja costera, al medio día, el cielo se blanquea en tal grado que se abren puntos ciegos en el horizonte, como túneles de luz que atraviesan las aves migratorias, dejando las charcas en penumbra. En tanto que de noche los esteros se cubren con una pesada negrura a ras de tierra, cual lenta marea de caparazones de artrópodos y ceniza que se enrosca en las piernas de los viandantes errabundos; algunos han contado que al cruzar aquel desértico paraje no eran capaces de distinguir los cordones de sus alpargatas, aunque eso no les impidiera divisar las estrellas.”

Argónida es una constante en su poesía porque ya de por sí es un elemento poético, aunque el autor la divise físicamente a través de la ventana de su casa en Playa de Montijo. Mas el enigma radica en que la sueña casi a diario, la transforma y reinventa. El origen de Argónida podemos otearlo en sus inaugurales versos, aquellos con los que arranca el poema “Casa junto al mar”, de su primer libro (“Azulada por el nocturno oleaje, / entre el ocio lunar y la arena indolente, / la casa está viviendo decorada de cenizas votivas...”), pero es evidente que fue a partir de los dos años de estancia en Bogotá como profesor de literatura española y humanidades en la Universidad Nacional de Colombia, entre 1960 y 1962, cuando su paisaje interior comienza a cimentarse sobre unas sólidas estructuras. El contacto directo con la naturaleza americana, sus grandes ríos, la espesura de su vegetación, el exotismo de su flora y la magia de su realidad, más el impacto que recibió de la escritura y el arte que en aquella época estaban llevando a cabo los creadores colombianos propiciaron, no sólo la aparición nítida de Argónida desde un entramado nebuloso, sino el modo apropiado para su definición, trasladable a toda la obra de un autor que, desde entonces, a pesar de no haber visto modificado su estilo, puede considerarse por su mirada como el escritor más iberoamericano de todos los españoles. El hecho de que una de sus dos ramas familiares tuviera una ascendencia cubana –por parte materna procedía de Francia–, si no le influye directamente sí que le predispone a cierta identificación con sus orígenes. En su viaje a Cuba de 1965, busca la casa donde vivieron su padre y sus abuelos, pero sólo encuentra ruinas y unos papeles en las actas municipales que dan fe de su pasada existencia, y escribe uno de los poemas más memorables de *Diario de Argónida* (1997) y de su producción poética en general, que no casualmente lleva por título “Mestizaje”:

Esa es la abuela Obdulia y ese es mi padre
y esa es la casa familiar de Camagüey,
adonde yo llegué una tarde crédula
en busca de un ramal de mi autobiografía
y sólo halle la cerrazón...

.....

siento la floración de un mestizaje
que a mí también me alía con mi propio decoro...

Aunque la primera vez que aparece el término Argónida en la poesía de Caballero Bonald es en *Descrédito del héroe* (1977), –libro que marca una nueva etapa en su trayectoria, en cuanto al modo de concebir el poema y de que este sea capaz de encerrar en su forma la complejidad de su pensamiento de una manera coherente y radical, con una formulación de lenguaje casi paralela a la empleada en *Ágata ojo de gato*–, su gestación –como ya se ha apuntado– viene de atrás y se ramifica posteriormente en otras visiones paisajísticas de distinta localización, pero siempre se ha de tener presente la natural vinculación del autor con su tierra natal.

El paisaje andaluz y, concretamente los parajes de Jerez de la Frontera –lugar que le vio nacer–, Cádiz –ciudad en la que estudia náutica y astronomía y donde, según opiniones del autor, experimentó por vez primera la sensación de libertad– y Sanlúcar de Barrameda –entorno en el que vive la mitad de su tiempo–, más que el decorado de su obra son parte de la trama y la autogeneración de esta. Sin embargo, nada más lejos del autor que la autocomplaciente elegía o el vulgar orgullo de la pertenencia. Siendo un escritor andaluz, tanto por su mejor tradición como por el talento y la cadencia de su escritura, la palabra *Andalucía* no aparece en toda su obra poética hasta *Entreguerras*, y no precisamente acompañada de piropos y panegíricos (“...porque yo provenía interminablemente de una Andalucía vilipendiada / por la necedad y la vanagloria y la impudicia...”), pero sí cristalizada en la memoria, formando parte de la conciencia progresiva hasta expandirse finalmente en el mar, como el concepto más universal de todos los que le dan vida y sostiene. Tan poderosa es la tendencia hacia su litoral, donde la luz trastoca a todas horas las dunas, las marismas y los esteros, justo en el trecho donde el río se funde con el océano, que el panorama provocado penetra en numerosos poemas o simplemente los encierra, lo que ha dado pie a la publicación de *Ruido de muchas aguas* (2011), antología de poemas relacionados con el mar, Argónida y la noche, preparada por Aurora Luque. Ya en *Memoria de poco tiempo* (1954), se conforma el futuro paisaje:

Hacia el fondo del Sur, junto
al salitre de bisel indeleble,
del lado de los ríos de navegables fábulas,
ya en las dunas limítrofes
de prodigioso azul, entre las últimas
fosforescencias de la flor del fango,
vive tu corazón de materiales puros...

Materiales que proceden de una contemplación activa de la naturaleza circundante, recogido en poemas como “Itinerario familiar para R. B. –en el que se respiran los efluvios de las bodegas jerezanas–, “Renuevo de un ciclo alejandrino” –donde el río Guadalete y sus entornos aparecen entrelazados con la Historia–, “Playa de la Caleta”, “Campo del Sur”, “Sancti Petri” o “Madinat Al-Zahara”, profunda reflexión sobre esplendor y la ruina. Todo ello se une también a evocaciones de lugares remotos, visitados por el autor, como Lima, Damasco, Barranquilla, Alepo, que prestan el bullicio de sus calles, el habla de sus habitantes y el rostro de su gente al mosaico general de este paisaje modelado por el tiempo, el espacio y la memoria (“Ninguna tradición me asocia a este paisaje, / pero he roto sus sellos, lo he vivido / como si mutuamente nos reconociéramos...”), y así vivir donde pisó, hoy en la forma libre de su mar, como reza en el texto que presta su título a esta selección de poemas:

Vivo allí donde estuve,
junto al mar delirante, libre
velocidad inmóvil orillada
de fuego, bosque espectral
de la alegría.

*

Si Andalucía es, al fin y al cabo, el sustento real de su proscenio, el flamenco, como visceral manifestación de una parte a la vez marginal y selecta de su pueblo ha ocupado un lugar significativo en la obra y vida de Caba-

llero Bonald, no sólo en cuanto a sus valiosas aportaciones –algunas ya nombradas– como *El baile andaluz* (1957), *Cádiz, Jerez y los Puertos* (1963), *Luces y sombras del flamenco* (1975) y el inapreciable trabajo de campo que reunió una serie de grabaciones en vivo e *in situ* de cantaores y guitarristas pertenecientes a las castas más rancias, guardianas de formas y estilos de cantes a punto de desaparecer –*Archivo del cante flamenco* (1968, 2011)–, sino en su poesía. En 1956, cuando nuestro autor vive una temporada en Palma de Mallorca como subdirector de la revista Papeles de Son Armadans y conoce a la compañera de su vida, Pepa Ramis, escribe un breve cuaderno de cuatro considerables poemas inspirados cada uno en la soleá, la saeta, el martinete y la siguiiriya respectivamente, bajo el título general de *Anteo* (1956). Posiblemente el nombre del mitológico gigante, fundador de la ciudad de Tánger, haga referencia por analogía a la grandeza del cante jondo o quizás a la permanente lucha del cantaor con la forma para conseguir que su voz se alce por encima de los impedimentos de dichas estructuras. Puede decirse sin temor a exageraciones que esta serie de poemas constituye la más cercana e intensa aproximación al flamenco que ha tenido lugar desde el ámbito de la poesía:

Sangre en la tierra y en la boca
sangre, la siguiiriya hunde
su volcánico lastre en la conciencia
y allí desata el poderío inane
de sus precederas iracundias...

La relación de Caballero Bonald con el flamenco se debate, como en el caso de los amantes, entre pasiones y distancias, según dicte el latido del corazón y el tiempo. Recientemente ha declarado a la prensa que aún guarda el deseo de escribir una novela sobre un cantaor imaginario, y en *Entreguerras*, poema río que resume en grandes tramos respiratorios sus grandes motivos poéticos, sostenidos por un vital aparato formal, y que va incorporando a su cauce las experiencias, reflexiones, recuerdos, viajes, avenencias y desavenencias aportadas por sus afluentes, se lee en uno de sus parágrafos:

llegué una noche al límite arterial de un tiempo donde aún era posible
la conexión con gente zaheridas abatidas con decoro de apátridas
aquella fascinante ceremoniosa manera de sacar a flote la intimidad
a través de una quejumbre oriunda de la más neta sabiduría de la sangre
y no transcrita nunca en un pentagrama
a no ser que se hiciera con la onomástica deflagración de un grito

*

En buena medida, el flamenco y el primitivo estrato de donde nace esta música, le interesa a nuestro escritor por su completa radicalidad, tanto en su expresión como en la vida de sus protagonistas, y es precisamente la docilidad acomodaticia y la sumisión de ese mundo a las pautas de la comercialización la causa de su apartamiento intermitente, porque no hay nada más detestable para el poeta que la uniformidad, los patrones que se rigen por modas y cánones dictados desde cualquier estatificación para ser imitados por los cofrades de la obediencia. No en vano, *Manual de infractores* es también un ejemplo de disensión con lo gregario, como bien apunta el poema “Campo de soledad”, que es una reflexión sobre el aislamiento y la clausura que los años propician, no por cansancio, sino a causa de la “propia renuncia selectiva”, el “desdén por lo obvio” y el “repudio pugnaz por todo lo sectario” fomentada por la convicción “de que todos aquellos que abominan/ de los transgresores / padecerán un día ese otro suplicio / que otorga a los gregarios su propia soledad.” Se trata de un poema que condensa la actitud del autor ante la punzante invasión de la vida por parte de la vulgaridad, diseñada desde los despachos de los poderosos, y ante cuya estrategia sucumbimos bajo el estulto pretexto de la rápida y sencilla comunicación. También en ese mismo libro, “Bienaventurados los insumisos” es un alegato contra las proclamas de aquellos que pretenden seducirnos con sus engañosas y buenas palabras, y bien puede servir de frontispicio moral a la noción ética del mundo por parte del escritor.

Quienquiera que merezca el rango de insumiso
descree de esa historia y esas leyes.
El poder de los otros
nada sino desdén suscita en él.
Ha aprendido a vivir al borde de la vida.

La existencia en los márgenes o en el filamento imperceptible que separa la tierra firme del vacío, la vida de la muerte, la posesión del abandono o el ser del no ser dota de un sentido de provisionalidad a dicha supervivencia, y es la memoria y la lengua –las cosas pronunciadas– las encargadas de dinamizar –más que de fijar– las imágenes, sensaciones y pensamientos que se suceden en el espacio circular del tiempo. Una vez más insistimos en la esencial importancia de la palabra como luz y célula generadora de ese recinto, que es la poesía de Caballero Bonald. En varias ocasiones el autor ha sentenciado que “todo lo que no es barroco es periodismo”, y es que, más allá de una frase aparentemente ingeniosa, para él ser barroco es lo contrario a irse por las ramas: significa escoger escrupulosamente la palabra para expresar la complejidad que la vida esconde detrás de ese signo, a veces oculto por la inmediatez del mensaje informativo o la esquematización de los titulares de prensa. Ser barroco es también un modo de sentirse andaluz e indócil heredero de una tradición continuamente renovable, que proviene de Góngora, Soto de Rojas, Arguijo, Caro, Carrillo y Sotomayor o Jaúregui, pero cuya lente nuestro poeta adapta a su visión y época que le ha tocado vivir. En esa tradición se fundamenta su constante innovación y desobediencia, a la que han sumado las huellas de Juan Ramón o Cernuda.

La poesía de José Manuel Caballero Bonald es una labor, pues, de penetración en las zonas más encubiertas de la memoria en una batalla contra la imposición de olvido; un ejercicio pleno de libertad frente al lenguaje, las formas y la vida; un ejemplo ético de escritura en un mundo plagado de falsas máscaras y un discurso magnético, generador de fuerzas, simbiótico, que, como evidencia su autobiografía poética –*Entreguerras*–, surge de la eterna oposición entre contrarios. Poesía que, junto al resto de su obra y su talante intelectual, le ha valido ser nombrado Hijo Predilecto de Andalucía (1996)

y Autor del Año por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía (2013); investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Cádiz (2004) y por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (2013); la concesión, entre muchos otros, de los premios de la Crítica (1963, 1974 y 1977), Andalucía de las Letras (1990), Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2004), Nacional de las Letras Españolas (2005), Nacional de Poesía (2006), Internacional de Poesía Federico García Lorca (2009) y el galardón más prestigioso de la lengua española, como es el Premio Cervantes (2013).

José Ramón Ripoll

[De *Las adivinaciones*, 1952]

VERSÍCULO DEL GÉNESIS

Por las ventanas, por los ojos
de cerraduras y raíces,
por orificios y rendijas
y por debajo de las puertas,
entra la noche.

Entra la noche como un trueno
por las rompientes de la vida,
recorre salas de hospitales,
habitaciones de prostíbulos,
templos, alcobas, celdas, chozos,
y en los rincones de la boca
entra también la noche.

Entra la noche como un bulto
de mar vacío y de caverna,
se va esparciendo por los bordes
del alcohol y del insomnio,
lame las manos del enfermo
y el corazón de los cautivos,
y en la blancura de las páginas
entra también la noche.

Entra la noche como un vértigo
por la ciudad desprevenida,
rasga las sábanas más tristes,
repta detrás de los cobardes,
ciega la cal y los cuchillos

y en el fragor de las palabras
entra también la noche.

Entra la noche como un grito
entre el silencio de los muros,
propaga espantos y vigalias,
late en lo hondo de las piedras,
abre sus últimos boquetes
entre los cuerpos que se aman,
y en el papel emborronado
entra también la noche.

TRANSFIGURACIÓN DE LO PERDIDO

La música convoca las imágenes
degradadas del tiempo. ¿Dónde
me están llamando, desde qué
penumbra, hacía qué día
me regresan?

Nada me pertenece
sino aquello que perdí.

Máscara del pasado, la memoria confluye
sobre un fondo difuso de alegrías
donde todo zozobra y se reduce
a nada, donde está mi verdad
haciéndose más crédula.

Oh transfiguración
de lo que ya no existe, marca
tenaz de lo caduco, cómplice
reclusión de la memoria
que ciñe al tiempo en ráfagas de música.

DOMINGO

La veis un día domingo.
Lleva un cuerpo cansado, lleva un traje cansado
(no lo podéis mirar),
un traje del que cuelgan trabajos, tristes hilos,
pespuntos de temor, esperanzas sobrantes
hechas verdad a fuerza de ir remendando sueños,
de ir gastando semanas, hambres de cada día,
en las estribaciones de un pan dominical.

La veis venir acaso de un afán desahuciado,
de una piedad con fábulas, la veis
venir y ya sabéis que está llamándose
lo mismo que la vida,
lo mismo que su traje hecho disfraz de olvido,
hecho molde de engaño comunal,
cortado a la medida de mensuales lágrimas,
de quebrantos tejidos con la última
hebra de la intemperie, con las trizas
de ese telar de amor donde entrevemos
la pobreza de todos que es un cuerpo sin nadie.

Sucede que es un día más bien canción que número,
más bien como una lluvia de inclementes pestañas,
de humilde mano abierta
que volverá a vestir de desnudez la vida.
Y entonces ya es mentira crecer sobre raíces,
ya es mentira ese sueño blandamente nocivo
que se nos va quedando arrendado en la piel,
que se consume hasta perderse
en un mísero rastro de caricia aterida,
hasta llegar a confundirse con un domingo anónimo,
con un tiempo de nadie hilvanado de lástima.

Y de pronto ese día, el domingo,
ella viene llegando, corre, se nos acerca
(todos la conocemos),
nos mira igual que un charco
de amor recién secado, nos contagia
de todo cuanto es crédulo en su espera siguiente,
porque está consolándose con un jornal vacío,
porque está desviviéndose
en una vana sucesión de acopios para huir,
de ir contando los años por tránsitos de trajes,
por memorias zurcidas, por sueños arrancados
del retal de un domingo cegador e ilusorio.

[De *Memoria de poco tiempo*, 1954]

UN CUERPO ESTÁ ESPERANDO

Detrás de la cortina un cuerpo espera.
Nada es verdad sino su encarnizada
inminencia, esa insaciable culpa
que a mí mismo me absuelvo
aborreciéndome. Nada es verdad:
un cuerpo está esperando
tras el sordo estertor de la cortina.

En la oquedad propicia del instante
que mientras más deseo más maldigo,
quiero amar ese cuerpo, que él perviva
hasta que su orfandad se haya cumplido.

Paredes jadeantes, sucio el suelo
de mercenaria obstinación, allí
nos conducimos mutuamente
al voraz simulacro de la vida.
(La amarra del amor nos hace libres.)
Sólo yo estoy suspenso del engaño:
reptante fiebre muda,
mi memoria confunde sus fronteras
entre las turbias órdenes del tiempo.
De todo cuanto amé, nada logró
sobrevivir al cuerpo en que persisto.
(La noche se agazapa entre las telas
que un falaz movimiento hace carnales.)

Una mentira solo está esperando
detrás de la cortina. Soy
otra vez mi cómplice: consisto en mi deseo,
toco a ciegas la luz, me reconozco
después de extraviarme, despedazo
ese fúnebre espejo al que el placer
se asoma, expío
con mi turno de amor mi propia vida.

De un vértigo ritual pendiente el cuerpo,
ya no es posible conjurar su lastre.

TODA LA DICHA CABE EN UNA LÁGRIMA

Fortalecido en la traición, el cuerpo
contempla un día la frustrada huella
de la felicidad, fuego engendrado
en cautelosa nieve, donde sólo
perviven ya rescoldos, momentáneos
delirios, rebeldías, simulacros
de desnuda agresión. Estéril
ya el olvido, toda la dicha cabe
en una lágrima, toda la culpa
en un recuerdo.

Así la carne yergue
su gastada mentira frente al rostro
fugaz de la verdad, emblema despiadado
de lo que no se puede poseer,
pasión que muere cuando está naciendo.

ASPIRACIÓN A LA ALEGRÍA

En mi aposento, asaltado a veces
por el hosco lebrél
de la esperanza, palpando
entre mis manos su vaho turbador,
juzgo ahora
mi propia aspiración a la alegría.

¿Podrá existir (digo en la noche)
una palabra, la única
sobreviviente, donde pueda
almacenar mis sueños, defenderlos
de toda vanidad, irlos
purificando en mi interior
tiranía callada, reagruparlos
en una misma fuente igualatoria?

Pero estoy solo frente
al llamamiento del mundo: amo
su fundación, vigilo
sus mudanzas, trabajo cada día
en las contestaciones
-de mi propia experiencia, junto
mi vida en un papel.

Y las palabras,
al borde de ser dichas, próximas
ya a mi sueño, pretenden
suplantarme: soy el azar
que se traduce en vano. (Nadie
puede ser el espejo de sí mismo.)

Feliz aquél que nunca
puso nombre a su vida.

PARTE DE UNA VOCACIÓN

De tiempo en tiempo oigo
como un fragor de visionario miedo
alzarse aquí, donde mi mano
acecha, y reconozco en él
toda la humilde
vocación que está salvándome,
que se derrama entre la sed
de mi alegría y esa otra
que me está disputando el privilegio
a ser feliz, a desatar
los nudos que me aprietan
la raíz de la fe, y sé de cierto
que nada que yo viva pudo
nacer sin antes haber sido
causa de estas palabras, porque
la clara guía de mi vocación
es también esta sombra en que me ciego
y esta afán sin preguntas y este esquivo
tesón que me está haciendo hombre,
y como un vaso que se está vertiendo
en otro vaso igual, tal mi manera
de ir defendiéndome en los últimos
reductos del silencio puede
también ser una forma de ir llenando
una vida con otra, una razón
con otra, pura mudanza de mi libertad
en cuyos bordes bebe
esta palabra con que estoy juzgándome.

[De *Anteo*, 1956]

TIERRA SOBRE LA TIERRA

La terrible veta colérica,
fauces voraz que bebe
en nuestro propio pecho su veneno,
es ya un furtivo código, un oscuro
registro de dolor, un sofocante límite
de lo que está detrás de la memoria.

Oh belleza, imposible luna
matinal, que sólo enciende un ascua
gris en el azul inhóspito. Pero
un grito, quizá la contención
más acuciante del espanto, un hondo,
umbrío estertor sin salida, junta
en su trayectoria todo el azar
del mundo, y somos ya lo mismo
que el revés de ese grito,
que el primordial reducto de ese grito,
germen de amor amortiguado
entre sangres que gimen sin sus cuerpos.
Oh belleza, espejo desterrado
en la tiniebla, que sólo deja ver
la adivinada pauta de lo negro.

Como un cautivo fuego, la leyenda
discurre entre las redes
de una ardiente garganta entumecida,
jadeante de rabia y de mordazas,
y chorreando luz por lo más lóbrego,
reúne a golpes insaciables

su armamento de gritos, tránsito
hacia un clamor que ya es de todos,
visionario arrabal de una palabra
ciega, donde la irreparable
comezón de la vida, el vaticinio
de los quebrantos del recuerdo,
las oxidadas llaves de la historia,
rigen, confinan, entretejen
la antigüedad con la inminencia.
juntan el heroísmo y la renuncia.

Sangre en lo tierra y en la boca
sangre, la seguriya hunde
su volcánico lastre en la conciencia
y allí desata el poderío inane
de sus perecederas iracundias,
indómata equidad, injusta mansedumbre
de la más resignada imprecación.

La quebradiza pena surca
el proceloso sueño
pulsado de temibles tiranías,
el hechizo vibrante de lo inmóvil,
la embestida frenética del ángel
del silencio, hasta que la rompiente
musical de la voz, estacionándose
en lo más irredento de la vida, hiende
la espesura del tiempo y se derrama
más allá de la carne y sus fronteras,
mundo sin nadie ya donde se extingue
el recóndito azar de la memoria.

Canto no: tierra sobre la tierra,
sangre en la sangre, augurio
de la sabiduría más primera, difusa
clarividencia germinal del sueño,
civilizada seguriya indomable.

(La seguriya)

[De *Las horas muertas*, 1959]

EL PATIO

Cercado de aspidistras, entre el tedio
lustroso de los mármoles y el vaho
humedeciente del aljibe, ¿quién
iba a decirme a mí que aquella
premonitoria libertad
del patio no tenía
más evasión al mundo que su sed?

Allí me entré en la noche
inaugural, entre las araucarias
de añoso graderío y el resol
de los zócalos, hurtando a la impaciencia
las reliquias del tiempo, la concordia
de los repudios corporales.

Mano

de la delicia, fui llevado
de bosque en bosque y de río
en río, descalzo ya de mí
pero trabado entre las horcas
vagabundas del sueño.

¿Cuántos iguales cercos de verdad
anduve desde entonces? Del portón
al olvido, del zaguán al desdén,
¿sigue brillando aún
la aljofifa, la loza, el cobre
de tantas matinales aventuras?
Oh ceguedad de luz en que tendía
mi cuerpo, sábana que tapaba

los espejos nupciales, cobertizo
de la patria primera, agrio
solar de las iniciaciones.

¿Quién era aquél que iba
dividiendo los oros y los fangos,
esquivo entre las frondas
de pétalos carnales, de desnudos
temores, devastando
lo extenso de mi cuerpo y de mi alma?

Ciclos de salvación
y de condena, aceleradamente
desuncidos del yugo de mis años,
cláusulas turbadoras
en cuyas líneas fúnebres
fui leyendo mi vida.

(Al borde
del brocal del suicidio,
junto a la flor terrible
del cante de la fragua, ardía
la mano de un pintor, no sé
si la de Tàpies
o la siempre iracunda de Manuel
Viola, desvelando
lo que yo no podría repetir
sin morirme, pero que congregaba
todas las significaciones
últimas de mi fe.)

Y desde
entonces, ¿en qué suplicadoras
columnas, en qué muros
roturados de pólvora, en qué broncos

arrecifes, peldaños, soportales
apoyé mi palabra, su argumento
de gastada crueldad?

Sé que no supe
ganar los serviciales trámites
de lo que digo ahora, patio
con clima de mi corazón, cisterna
de anhelantes barandas de peligro.

Oh cerrazón del tiempo en torno
de mi libre vivir, dame lo necesario
para no claudicar: ebrio, desnudo y solo
por el mundo, a ver si así
me merezco la muerte en aquel patio.

CIRCUITO CERRADO

La ignorancia, como la hoja
perdida del libro, va
de aire en aire escribiéndose,
haciéndose más libre,
casi arrancada ya
de las ramas del tiempo, hasta
caer en el dominio
del insaciable, que la toma
del polvo y la reduce
a gobierno de luz, la reincorpora
a su libro marchito, convocando
allí su propia sed enmascarada
de ambición, porque no sabe
que la sabiduría es como un cuenco
donde todo se vierte hacia nacer.

DESNUDO ESTOY IGUAL QUE ESTE PAPEL

Para poder llegar hasta este trozo
de diaria alegría, hasta este crédulo
peligro del papel, cuántos pasos en falso
cuántas

barandas

vacilantes

asomadas del lado de lo negro.

Al borde de las hojas blanqueadas
de hastío, desesperadamente
puestas en trance de arrebató, yertas
y vanas en la merecida
tribulación del ocio, con la luz
violentando el quebradizo sueño,

ven,

alegría, escúdate en el vértice
vengador de mis manos,
purificame dentro de tu fuego:
desnudo estoy igual que este papel
que amaré mientras viva.

No lo puedo escribir pero lo digo
cada noche, lo restaño y lo aprendo
cada noche: llegar hasta esta mesa,
escoger la alegría entre los míseros
apuntes del dolor, no equivocarme
nunca, lavar lágrima a lágrima
la mansa furia de mi vocación.

DIARIO REENCUENTRO

Desde donde me vuelvo
a la pared, en medio de la noche,
desde donde estoy solo
cada noche, cautivo
bajo mi propia vigilancia, allí
me hallo según la fe que me fabrico
cada día.

Lavada está mi vida
en virtud de su asombro. Ayer, mañana,
viven juntos y fértiles, conforman
mi memoria conmigo.

Únicamente soy
mi libertad y mis palabras.

VIVO ALLÍ DONDE ESTUVE

Desde un lugar que aprendo
a registrar cada mañana, vuelvo
sobre mis pasos y te aguardo
allí donde estoy solo.

Matinal

ofertorio del sueño, escribo el nombre
de tu vida, te vas desentrañando
entre las hoscas hojas conjuradas
de la noche. Eres la privación
donde me sacio, la apremiante
verdad con que te niego
cada día, el cuerpo intransitable
donde acude de nuevo lo perdido.

Vivo allí donde estuve,
junto al mar delirante, libre
velocidad inmóvil orillada
de fuego, bosque espectral
de la alegría.

¿Qué me queda
de aquel itinerario, habitaciones
clandestinas, subalternos refugios
del amor, qué me queda
después del sortilegio? Ser
feliz un instante y perderte mientras
vuelvo sobre mis pasos cada día.

MAÑANA, ME DECÍAN

No podía ser niño en el pupitre
inhóspito, llamaba a alguien,
me miraba las manos, iba
parpadeantemente emborronando
las letras y los números, hendía
el sustantivo mapa carcelario.

Mañana, me decían. Pero
la deserción del tiempo, aquel estrado
límitrofe del mundo, aquella
disciplinaria división del odio,
me trababan la infancia para nunca.

Cuerpo sin ojos, ¿dónde
estaré mañana, con qué nudos
de sábados en sombra amarrarán
mi sueño, entre qué cuatro
indómitas paredes
irá mi libertad entumeciéndose?

Los cautelosos plátanos, la inmóvil
vendedora de estampas, el guardián
de los jueves, la flora combativa
como emblema, ¿siguen siendo mañana?

Oh injusto ayer entre inocentes
veredictos, fervor
de lo temprano junto al miedo
tardío de vivir, chorro de sed
de las aceñas clandestinas, calle
del Láudano que abría

sus ululantes puertas de prostíbulos
contra el mundo primero.

¿Qué

me querías tú, luna
lluviosa, airada piedra
de la tarde, descoyuntado círculo
del tiempo? ¿Qué me querías,
dime, mísera prefectura
de los libros desérticos, tapial
de coros y de láminas,
vespertinas maderas
de vigilancia y de oración?

No podía ser niño en los escaños
hostiles, entre el terco
desdén de las empalizadas, junto
al silbo imperioso, bajo el látigo
del estupor y de las letanías.

Mañana, me gritaban. Pero
¿dónde estaré mañana, qué será
de mi tiempo, de qué van a servirme
tantos días sin mí? ¿Es necesario
el mundo, soy necesario yo,
me hago falta a mí mismo?

Crédula infancia sola entre respuestas
sin preguntas, déjame ser
equivocadamente el responsable
de mi quieta impaciencia de vivir.

[De *Pliegos de cordel*, 1963]

OTRA VEZ EN LO OSCURO

A veces, en la turbia
galería del sueño, encendía
la luz y me quedaba
oyendo los ruidos
de la noche: el treno
de la ronda, el gotear
del grifo, la doméstica
respiración y como un vago
acicate de vida
en la madera.

Trascendía
la casa a los durmientes
y todo era un recluso
depósito de miedo entre las sábanas.

Pedía de beber por no sentirme
solo, quizá por parecerme
al acecho de alguien,
porque el roce de un cuerpo
me desvelara de vivir.

Y otra vez en lo oscuro, iba
rastreado los pasos
de la calle, respiraba
el agrio hedor a cuero
del calzado reciente,
la sinuosa urdimbre
del almagre, el impreciso vaho
del tragaluz.

Dormía
vigilando las sombras,
la rebelión de gérmenes
del sueño, entumeciéndome
de fe, como esperando
desde el rincón de reo de mi infancia
que fuese libre para despertar.

PRIMERAS LETRAS

Un día lunes, cerca
del mar, sonó la palabra.

Era

verano entre las cañas
pacíficas del trigo y nunca
la sucesiva hoguera
de las furias se propagó
con tanta iniquidad.

Vinieron

cargas de odios
en camiones, gritos
y sogas en camiones. Ebrios
de mosto y esperma, bajaron
hasta el mar
adolescentes brunos,
ciegos y reclutados
con los aperos de la tiranía,
niñas de sangres iniciales
con flechas en el seno,
espantos y pancartas
al frente de los himnos.

Entre el despliegue tortuoso, ¿quién
me llevó de la mano
a la frontera fratricida, dónde
me desahuciaron de ser niño?

Oh qué terribles y primeras
letras hostiles
de la patria. Párvula madre

mía, ¿qué hiciste
de nosotros, los que apenas
pudimos aprender
la tabla de sumar de la esperanza?

LA LLAVE

Y entonces fue cuando llegamos
a la casa de campo. Atardecía
húmedamente entre los prietos
plantones de piorno y ya se columbraba
la excitante cimera del almiar
desde el recodo de la trocha. Olía
a acequia y a fogata
y al seminal sopor de los establos.
Era de cal la luz y en los ladrillos
rebullía el resol como una sábana
de sofocante vaho.

Me acuerdo de la casa
como si fuese un cuerpo echado
sobre el mío. A veces le sobaban
habitaciones por arriba y toda
la galería alta me envolvía entonces
en un urgente miedo de vivir.

Aquí podrás tener tus cosas,
me dijeron. Y allí llevé los frascos
de botica, la impaciente alquitara,
el infernillo de latón, los tubos
en su efímera horma
de madera: todos los materiales
con que experimenté mi libertad
de nueve años.

Dueño del cuarto,
con la llave amarrada a mi cadena
de hombre, cómo me convencía
de ser más justo entre los ilusorios
oficios del azufre, cuando el sol

de la iracunda siesta
cegaba el trajinar de lo diario.

Mi posesión de tanta vida,
mi heredad de probetas, ¿dónde
se fueron cuando el dieciocho
de julio de aquel año
tuvimos que volver a la ciudad?

Detrás de los cristales escuchaba
los primeros disparos, el temible
golpear de las puertas
del coche celular y, sobre todo,
los pasos de mi madre, resonando
entre las vetas de lo oscuro
cada vez que un motor
repetía su furia en los balcones.

Mano sin nadie en los laboratorios
del bolsillo, sin más humo en la piel
que el de mis tercas fórmulas
de pólvora, cómo no haber
recuperado para siempre
la llave aquella con que abrí
el sedimento libre de mi vida.

EL REGISTRO

No podía dormirme, oía
como un fragor de manos tanteando
en los cristales, como un advenimiento
furtivo de peligro. Al fondo
de la casa, en los arcones
que nadie registró, crujían
los papeles prohibidos, delataban
su oculta furia al borde
de la noche infantil, entrechocando
con las trémulas sábanas.

¿Todavía
vendrán, irán golpeando
con el fusil los muebles, la ceniza
de las últimas letras desterradas?
¿Vendrán ahora, cuando
va no podemos encender
más que una sola luz
entre tanta invasión de andar a tientas?

Altas banderas, himnos
de victoriosos fraudes, confundían
sus odios con mi miedo, me marcaban
con no sé qué inminencia
de huérfana verdad.

¿Quién llamaba a las puertas, desatando
iras azules contra las reliquias
clandestinas del sueño,
contra el vituperable
delito de ser libre? (María,
Rafael, ¿estáis dormidos?)

Pero ya resonaban las pisadas
cerca del corredor, ya se sentían
llegar entre una fétida
bocanada de vino
fermentado y subrepticia pólvora.

Oh qué voraces grietas de madera
familiar destruida, qué iracundos
papeles borbotando a chorros
desde el brocal de los arcones.
(María, Rafael, que ya es la hora:
ya todo terminó, ya somos tiempo.)

[De *Descrédito del héroe*, 1977]

HILO DE ARIADNA

Posiblemente es tarde, pero ¿cómo
poder atestiguarlo
mientras Hortensia canta y no se oye
más que su grito de musgosa
lascivia y alguien
habla con alguien de la conveniencia
de acostarse borracho?

De repente
se desató la cinta, hurgando
bajo el embozo de la lámpara
por su anhelante cuerpo,
y en lo tenso del vientre vi
la cicatriz, no producida
sino por el rencor contra ella misma
con algún instrumento
preferentemente cortante.

Vaho de alcohólica música te empaña
el esmalte del rostro, Hortensia, dime,
¿hacemos algo aquí que nos impida
quedarnos juntos
hasta que ya no sea tarde?

En vano
hubiese preferido desasirme, cegarme
en la borrasca, no mirar. Cuerpo feroz
y sin embargo exangüe, desplazaba
sus ya finales contorsiones
al borde de la pista. En vano
hubiese sido huir y no

por reencontrarnos. Pechos
como luciérnagas, tenues, vibrantes
por las cumbres no lácteas, ¿quién
iba a atreverse a interrumpir
su equidistante enemistad, desnudos
como estarían luego en el sopor
del trópico?

Hortensia, amor mío,
nadie te va a arrastrar si tú no quieres
desesperadamente que lo haga.

Playa de Naxos, la mayor
de las Cícladas, ya a lo lejos
reverberando entre los barracones
del batey y el bullicioso verde
del manglar, difusa ahora
entre otros raudos turnos litorales
donde ni tú ni yo nos conocíamos.
Abandonada por Teseo, ¿ibas
a despeñarte tú, rebelde por instinto
como tu padre negro apaleado
en Key West, Florida?

Si pudiera
reconstruir un solo
rincón de aquella playa
sin salida posible, si pudiera
volver al sitio aquel, reconocer
la cerrazón de la cabaña, andar
a tientas hasta el último
recodo del silencio, ¿oíría
algo distinto a la fricción
de unas piernas con otras, al barrunto
de alguien aproximándose

en lo oscuro? ¿Vería
aún desde allí, ya en el terrado
de Sanlúcar, asiéndome
al parteluz de la ventana, el bulto
azul de los faluchos y, más cerca,
la agitación de las fogatas
que encendían los sigilosos areneros?

Imágenes sin ojos pasan
con más tenacidad que el giro
extenuante del recuerdo. Hortensia,
hija de Minos, no
es tarde todavía, ven, veloces
son las noches que hemos vivido ya:
aun estamos a tiempo
de no querer salir del laberinto.

VÍSPERA DE LA DEPRESIÓN

Contra mí está la noche, están
las hostiles sentencias
de la noche, su cerrazón,
su lamedal, sus extramuros
de alcohol y de incuria
y de calambre.

Entré en la luz
como en un túnel, recorrí
las viscosas lucernas, el declive
más lívido del sexo, la neblina
tenaz de la obsidiana,
hasta caer,
caer

encima del gran vértigo
tentacular donde nunca amanece.

Porque logré sobrevivir lo escribo.

AMBIGÜEDAD DEL GÉNERO

Estacionada en un recodo impávido
de la penumbra, lo primero
que hizo fue fruncir su boca
violácea, de entreabiertos resquicios
húmedos, y después sus ojos,
y después
sus ojos, un gran círculo
de verde prenatal, un excitante
fulgor de azogue desguazando
la negrura común.

Lenta o tal vez sumariamente inmóvil,
con el falso recelo
de quien fuera educada
en la molicie glandular
de los andróginos, sólo rompía
El ritmo de su cuerpo algún fugaz
movimiento retráctil del pubis,
no defensivo sino irresoluto,
y ya
llegó a la altura de los porches
y allí se desnudó con neutra
inverecundia, exhibiendo por zonas
la intrincada armonía
de un cuerpo circunscrito en su contrario.

HOY NO

Comparto con la noche su premura
de tiempo, ese impaciente tránsito
circular de la sombra
que de otra sombra es víspera
o esa morosa voluntad de amarte
a partir de mañana, cuando
como a la luz te haya perdido
y sólo quede un último
plazo para esperarte
en la fugacidad del día siguiente.

PREFIGURACIONES

Unas palabras son inútiles y otras
acabarán por serlo mientras
elijo para amarte más metódicamente
aquellas zonas de tu cuerpo aisladas
por algún obstinado depósito
de abulia, los recodos
quizá donde mejor se expande
ese rastro de tedio
que circula de pronto por tu vientre,

y allí pongo mi boca y hasta
la intempestiva cama acuden
las sombras venideras, se interponen
entre nosotros, dejan
un barrunto de fiebre y como un vaho
de exudación de sueño
y otras esponjas vespertinas,

y ya en lo ambiguo de la noche escucho
la predicción de la memoria: dentro
de ti me aferro igual
que recordándote, subsisto
como la espuma al borde de la espuma,
mientras se activa entre los cuerpos
la carcoma voraz de estar a solas.

DOBLE VIDA

Entre dos luces, entre dos
historias, entre
dos filos permanezco,
también entre dos únicas
equivalencias con la vida.

Mi memoria equidista de un espacio
donde no estuve nunca:
ya no me queda sitio sino tiempo.

DEL DIARIO DE KAFKA

Si ahora de pronto optase
por no escribir (o no pudiera) y diera
el día por perdido, posponiendo
para quién sabe cuándo, y además
qué importa, la metódica
copia de mi agresividad
contra mí mismo, ¿pensaría
como Kafka (conocido empleado
de seguros) que esa dudosa obligación
no cumplida, se me iba a convertir
de alguna burocrática manera
en la razón de una desdicha irreparable?

SOBRE EL IMPOSIBLE OFICIO DE ESCRIBIR

Por aquella palabra
de más que dije entonces, trataría
de dar mi vida ahora. ¿Vale algo
comprobarlo después de consumidos
tantos esfuerzos
para no mentir?

Toco
tu vientre y se desliza el tiempo
como la sangre
en un embudo mientras
a ciegas nos buscamos. Sólo el riesgo
común ocupa el mundo, arrasa
el derredor, lo exprime
como una esponja, desordena
el engranaje de los hechos.

¿Cómo
poder saldar entonces
la ambigüedad de la memoria?

El imposible oficio de escribir
aproximadamente
la historia terminal del anteayer
de la vida, y más cuando
un incierto futuro se intercala
entre lo timorato y lo arrogante
me suele contagiar
de esa amorfa mollicie
que entumece los goznes del deseo.

Pero no cejo nunca. Paraísos
vagamente resueltos

entre la oxidación del ocio, surgen
como reclamos, brillan
en ocasiones
con juvenil sabor a culpa.

¡Escapar de la mella de los días
iguales! En tanta libertad
¿se anudarán imágenes
que a su obstinado uso
me condenen, reduzcan el amor
a sus simulaciones? Lo que aquí
no está escrito es ya la única
prueba de que dispongo
para reconocerme, interrumpir
mi turno de erosión entre recuerdos
apremiantes.

Por aquella palabra
de más que dije entonces, trataría
de dar mi vida ahora.

TEMA CERO

Un espejo invertido ¿puede
dirimir el vislumbre de duda
que intercepta en la noche las imágenes
fragmentarias del tiempo?

Nadie

responde mientras surges
de pronto en la memoria
que no tengo de ti, te encaras
con tu propia suplencia y permaneces
detrás de la razón como la copia
de un fraudulento rastro de verdad.

LA OTRA CÓLERA DE AQUILES

No les pedí a los dioses más distancia
entre ellos y yo
que la del cuerpo de Patroclo
desposeído de su alma.

Y amé ese cuerpo tanto y tan
negándome a mí mismo otro trofeo,
que le ofrecí la furia
del desertor mejor que la del héroe.

Sólo así pude disputarle
su botín a la muerte desde el mismo
aterrador orgasmo
del fuego al que se unció
en la pira: una última
retribución desesperada
de todo lo que ya
iba a ser subalterno para siempre.

SAL DE SODOMA

Amor mío, tráeme corriendo algún
lacrinatorio, a ser posible de cristal
traslúcido, no tengo
fuerzas para ser más cauto, sólo
consisto en una extenuante
complicidad de estatua
desde el mismo momento en que me viste
salir del lupanar con la mujer de Lot.

BARRANQUILLA LA NUIT

Cuerpo inclemente, circundado
por un vaho de frutas, desguazándose
en la tórrida herrumbre
portuaria,

¿no eran
sus labios como orquídeas
untadas de guarapo, no tenían
sus ojos mandamientos de cocuyos
y allí se enmarañaban
la excitación y la indolencia?

Mórbida efigie de esmeralda
y musgo, entrechocan sus pechos
entre la mayestática cochambre
de la noche.

Desnuda
antes que alerta y disponible,
desnuda nada más, desmemoriada
sobre un cuero de res, el vientre
húmedo de salitre y en el cuello
el amuleto pendular de un dado
cuyo rigor jamás aboliría
los tercos mestizajes del azar.

Rauda la carne y prieta
como un sesgo de iguana,
surca los fosos coloniales, deposita
en las inmediaciones del marasmo
una aromática cadencia
a maraca y sudor y mariguana,
mientras cumple el amor su ciclo
de putrefacta lozanía
en el nocturno ritual del trópico.

ANAMORFOSIS

Este olor a achicoria y a orujo
y a crines de caballos y a verdín
con salitre y a yerba de mi infancia
frente a Africa, acaso
contribuya también a perpetuar
en no sé qué recodo del recuerdo
un equívoco lastre
de amor dilapidado y de injusticia
que en contra de mí mismo cometí,
y es como si de pronto
todo el furtivo flujo del pretérito
convirtiera en rutina
la memoria que tengo de mañana.

[De *Laberinto de fortuna*, 1984]

EPÍSTOLA CENSORIA

Te escribo en una esquina de la mesa más árida y dudo mientras lo hago de que le escriba a nadie. Mano que apaciguaba los papeles, las pugnas, los cansancios, ¿de qué me sirve ya sino de impedimento? Evoco al que no he sido todavía: oigo a ese intruso registrando un desván donde no estuve nunca. Qué sonido más agrio, hecho de disonantes rimeros del desuso y tan de veras espantoso como la palabra familia pronunciada por el último esbirro de la noche. No te escribo ya nunca: tendría que callarme para hacerlo. Soy aquel que recela de pronto que en absoluto tiene tradición.

POR NADA DEL MUNDO

Ayúdame a buscar esa palabra, compasiva y doméstica ramera, única estable legataria de la felicidad con quien pacté de niño. Allí debe estar resonando todavía, entre la irreparable servidumbre del desván de los jueves, retenida tal vez por esa turbadora cerrazón de aventuras donde jugaba el miedo a disfrazarse de hombre. Palabra que remite a un efluvio perdido de sudor y cosmético, de alcuza y delantal. Ciclo de la condescendencia, dependo de su arbitrio, me confundo a destiempo con la vertiginosa modificación del lugar que ocupaba. ¿No conservo ya entonces ni un solo rudimento del testigo que fui secretamente hace ya tantos años? El presente desdeña lo que el recuerdo elige: esa palabra con la que ya no voy a reencontrarme nunca, que se parece cada día más a alguna sobrehumana carencia de pasado.

LA BOTELLA VACÍA SE PARECE A MI ALMA

Solícito el silencio se desliza por la mesa nocturna, rebasa el irrisorio contenido del vaso. No beberé ya más hasta tan tarde: otra vez soy el tiempo que me queda. Detrás de la penumbra yace un cuerpo desnudo y hay un chorro de música hedionda dilatando las burbujas del vidrio. Tan distante como mi juventud, pernocta entre los muebles el amorfo, el tenaz y oxidado material del deseo. Qué aviso más penúltimo amagando en las puertas, los grifos, las cortinas. Qué terror de repente de los timbres. La botella vacía se parece a mi alma.

AGENDA

Me empecino de pronto en parecerme a ti, con quien sólo comparto una precaria cavidad de la noche. Quizá no te conozca y el asedio del sexo no sea ya más que un subterfugio para poder reconocerte de antemano. Palpita la ansiedad por dentro de tu boca lo mismo que la fiebre y todavía queda una última dosis de alcohol de quemar en algún sitio. Tu cuerpo se entreabre igual que el de una ahogada mientras cruzan por el letargo las densas fumarolas del deseo. ¡Una emoción distinta a cambio de mi vida!

SUPER FLUMINA BABYLONIS

Aquella impávida, bellísima harapienta que merodeaba por el mercado de Sanlúcar, tenía que ser sin duda la última portadora aborigen del talismán. Pues nunca podría ser aherrojada quien tan humildemente iba ofreciendo la irreductible magnificencia de su vida. Fermentaban despacio los zumos tórridos de las frutas y un dulce amago de miseria envolvía los ambulantes puestos de la plaza. Pero ella atravesaba incólume la densidad de los desperdicios: nada la hacía tan sobreviviente como el contacto con lo perecedero. Junto a la edénica antigüedad del gran río, era la más joven desterrada del mundo. Tenía la piel como superpuesta a las acongojantes marcas de la manumisa y llevaba en la boca el surco predatorio de quien naciera extramuros de la justicia. Parecía escapar hacia ninguna parte, como buscando esa otra forma de extravío que la conduciría al punto de partida. También junto al gran río, lloraba la harapienta por un perdido reino.

ME HAGO CARGO

El necio se asesora de otros necios contiguos. Qué derroche de ínfulas intercambia con ellos. Siempre aprende algo más de lo que ignora, si bien recibe menos de lo poco que da. Brilla en recintos semejantes a sótanos y declama con saña insatisfecha en tertulias, parroquias, consistorios. Es lenguaraz y sandio, pero abstemio: puede aspirar sin excesiva adulación al rango de amanuense. Lo avalan los oficios que más ha practicado: la patria y la familia.

SANTO OFICIO

Alrededor de las persecuciones hay siempre un subrepticio vendedor de jaculatorias. Se le conoce por la cera litúrgica que destilan sus ojos, también por una herida sin cicatrizar que ostenta en el sañudo cielo de la boca. No te acerques a él, tú que acaso confundas la dirección correcta de la huida, no te dejas tentar por esa detestable incitación a la virtud. Quien persigue al liberto ¿no es siempre el más esclavo? El vendedor imparte su enseñanza con taimado escrutinio, muda de piel como el reptil en la pedriza, sólo intenta salvar al que ya se ha rendido. Su sombra engulle consagradamente la sombra cautelara del acosado. Por lo común se hace llamar el Émulo-mayor-del-único-camino.

LIMA DE PIEDRA

Aposentada en un distrito cárdeno de la lluvia, no se movió siquiera cuando sintió en su cuerpo la araña combustible de un relámpago andino. Expelía un tibio olor animal y tenía algo de sacerdotisa purgando en las mazmorras de la noche un delito que nunca cometiera. A su lado yacían las totumas, las piedras, los exvotos que iba ofreciendo a nadie igual que si ofreciera una ignorancia laboriosamente adquirida. Impregnaba su rostro una tintura glandular y dinástica, como de coca y frailejón, de saliva de enferma y maíz fermentado. Era la arrodillada después de haber vivido genuflexa, la criatura más única que podía mirar a ningún sitio diciéndole al viandante: en su estado selvático la piedra es un jalón de fuego negro, mas después de haber sido mansamente limada le sale de lo hondo esa veta de sol ceremonial que sólo comparece en el borde limeño del océano. Y allí estaba el tesoro envileciéndose entre culturas residuales, tal vez incorporado para siempre a aquel mugriento cuero que alfombraba los charcos del terrizo. El viandante cogió entonces la piedra con una inmemorial misericordia, como si aún convaleciera de algún remoto síndrome de culpabilidad. Y ya la mano se encontró propiamente con la mano: una sacrílega permuta, una moneda a cambio del secreto solar de Coricancha.

FEMME NUE

(Picasso)

La trasgresión de la lógica conduce al predominio de la maravilla. Nada es ya subalterno: todo regresa a su veracidad más ilusoria. Es como si cada signo extraviado en el silencio reencontrara de pronto la palabra que significa todas las palabras. Vociferan las líneas, gesticulan las formas. Tan imposible como la verdad, esa mujer desnuda pertenece al terror, mitifica una historia que se engendra a sí misma. La mutación del cuerpo fluctuando en lo abortivo, la carne que vulnera su norma de hermosura hasta el gustoso límite del vértigo, ¿no perpetúan la cartesiana proporción de la anarquía, esa otra estirpe sexual de la cultura cuya razón de ser consiste en su vivificante sinrazón? Nada es ya subalterno: todo retorna una vez más a su matriz. No sin ser deformada puede la realidad exhibir sus enigmas.

DESPUÉS

La sensación de haber sido arrastrado aguas abajo de aquel río donde iba con ella a tramitar la vida: un fúnebre amasijo de estupor y congoja cayendo en el silencio como un chorro de vómito en la calle desierta: las venas de la historia reducidas a un miserable montoncito de estiércol: esa veraz y hospitalaria jurisdicción de su alegría, tan siempre disponible, tan de niña que no llegó a crecer más que a ratos perdidos, empozándose ya por las aterradoras catacumbas del tiempo: el cuerpo que se junta con los otros que poseerán la tierra, póstumo y vulnerable, el más necesitado de un sustento contiguo al que tenía: esos pechos tan pródigos igual que ojos enfermos que registran a ciegas a saber qué vacío: la nada que se aloja en las muchas arrugas que fueron concordando con la prolongación de su indulgencia: pulsos que ya no voy a oír desde muy lejos, mientras iba acercándome hasta la casa aquella donde siempre me estabas esperando, madre.

ÍTEM MAS

Si alguna noche llegas, retrocedes, te vas aproximando a la zona prohibida, no te amilanes de ninguna forma. Entra sin miedo (aunque con miedo lo hagas) en esa punitiva bifurcación del laberinto cuyo riesgo mayor consiste en desear que prevalezca. Quédate donde estabas hace sólo un momento, es decir, en la duda. Tal vez aprendas de repente a no creer en nada parecido a esa virtud mugrienta que arrastra a los gregarios. También podrás atestiguar sin proponértelo que ninguna verdad es la misma dos veces.

TEATRO PRIVADO

Vengo de muchos libros y de muchos apremios que la imaginación dejó inconclusos. Vengo también de un viaje absolutamente maravilloso que no hice nunca a Samarcanda. Y de un temor consecutivo vengo igual que de una madre. Soy esos hombres juntos que mutuamente se enemistan y ando a tientas buscando el rastro de una historia donde no comparezco todavía. ¿Seré por fin ese protagonista que desde siempre ronda entre mis libros y que también está aquí ahora sustituyendo a quien no sé? Sólo el presente puede modificar el curso del pasado.

[De *Diario de Argónida*, 1997]

APUNTE DEL NATURAL

Ese óleo locuaz de las colinas
colgado de la luz, al fondo
de la inestable prórroga del río,
apenas un reclamo evanescente
retenido en los bordes
majestuosos del paisaje, ilustra
la pasión y el desdén con que has juzgado
los quebrantos del tiempo, esa voluble
jurisdicción de lo vivido
donde se albergan siempre las mentiras.

Paisaje ameno, medurado, manso,
benigna imagen que remeda
tu cobijo primero, tu última morada.

ACERCA DE UN DERRIBO

Aquella casa en que mi corazón
tuvo su sitio, tramitó
sus dispendios, sus fiebres, sus cansancios,

aquella casa donde todo estaba
temperado, juntado, disponible,
donde de pronto un día descubrí
el mundo y ya fue ése para siempre
el compendio simbólico del mundo,

aquella casa
de inconmensurable pasado,
es ya una innoble máquina de hormigón
y aluminio, una cruenta falacia municipal
que contra mi decoro
ha tramitado un sustituto del dios de los ejércitos.

Las mellas de los años serán mi represalia.

COTEJO DE FUENTES

La verdinegra tapia que ceñía
el jardín del prostíbulo, en parte decorado
de rótulos obscenos, todavía conserva
los mismos desconchones inclementes,
las mismas mordeduras de musgo y de salitre
que se veían cuando yo era joven
y me asomé a la vida por allí.

Teresa Lavinagre, vieja puta
que ya andaba de adolescente en sus comercios
por los desmontes de Matafalúa,
se hospedó andando el tiempo en esa casa
cuyos muros devora el desamparo,
antes de que el hipócrita de turno la expulsase
de la miseria libre de su reino.
Era una mujer hospitalaria y jubilosa,
dotada de una magnánima variedad
de benevolencias, y ahora se extingue
al borde de la playa, cerca
de ese antiguo burdel, igual que un bulto
devuelto por la marea.

Vida dilapidada,
corazón decrepito, qué hermosura
saber que nunca hizo absolutamente nada
para evitar su propio descalabro,

Dios mío.

DIDÁCTICA

Si miras un reloj y esperas impasible
a que pase un minuto,
comprenderás al fin en qué consiste
la eternidad.

Detente, caminante,
escucha
esos latidos perentorios, ese inconmensurable
desplazamiento de tu corazón
que deja por momentos un gran foso vacío
entre lo efímero y lo permanente.

El instante que pasa ocupa todo el tiempo.

No hay final ni principio:
sólo el todo y la nada equidistando.

(Empédocles, *Polemos*)

SUCESOR DE ASESINO

Como quien rasga, como
quien deja un gran rastro de andrajos
sobre el martirizado cuerpo
de la víctima, como quien solicita
un nuevo plazo punitivo,
así se perpetúa
en los anales de la sinrazón
la ominosa progenie
de aquel que fue llamado el execrable
y aun hoy actúa entre nosotros
con saña vitalicia y una misma
dinástica jactancia de asesino.

UN PARADIGMA

Dejó escrito Virgilio, ofuscado quizá
por los pronósticos adversos del cielo de Brindisi,
que los doce libros de la *Eneida*, a cuya gestación
dedicó los últimos once años de su vida,
debían ser quemados tras su muerte.

No consintió Augusto, sin embargo,
que semejante designio se cumpliera, y así
se perpetuó en la historia la historia portentosa
del príncipe troyano, que aún incumbe al periplo
de nuestras más honrosas usanzas culturales.

Mediante las palabras ascendió Virgilio
al círculo glorioso
de los inextinguibles conductores de hombres
y el hecho de que un día quisiera destruir
el cardinal linaje de su palabra escrita
nos llega hasta ahora mismo
como un supremo ejemplo de horror a la impotencia.

BIOBIBLIOGRAFÍA

Cuando busco al que fui, qué hacinamiento
de vacilaciones, atisbos,
pistas falsas, presagios, averías
de la memoria, ardides
neutralizados por la incertidumbre.

A veces soy alguno
de esos esquivos personajes
que repentinamente me suplantán,
y a veces sólo soy
como un antecesor del que nunca seré
o acaso ese inconstante buscador de respuestas
que acaba siempre defraudado
por la futilidad de sus pesquisas.

Sin embargo, mi historia personal
poco tiene que ver con esa historia:
también yo soy aquel que nunca escribe nada
si no es en legítima defensa.

A MODO DE RECOMPENSA

Oigo a veces, en sigilosas noches
otoñales, una oblicua graduación de bramidos
proveniente de Argónida.

Es como un rastro
agreste de hermosura y pavor, como una súbita
concentración de alimañas que bullen
en sus madrigueras y surcan cada día
los áureos aposentos litorales.

No sé a qué confidencias remiten esas voces,
pero juntas atañen a mi vida.

Llegan
hasta el vértice neto de los sueños
y allí transmiten sus informaciones
a quien procede del insomnio y sabe
que siempre y sin remedio
oír hablar a la noche en medio de la noche.

SENTENCIA Y DESPEDIDA

Si me quedara a solas con lo que ya se ha ido,
¿cómo iba a poder salir indemne
de esas desavenencias con mi propio deseo?

Los cuerpos juveniles que la felicidad
entrelaza en la sombra, rencorosos emblemas
curtidos por un sol con visos
cegados, ¿vendrán una vez más
a llenarme el jardín de insoportables
remedos del placer, incómodas efigies
de un tiempo ya cubierto de hojarasca?

Mientras llega la noche, los anhelos
también como la luz se van atenuando.
Todo se va atenuando, hasta la actividad
de esos cuerpos remotos que jadean
bajo la sombra azul de los cipreses.

Redundante codicia del deseo:
vuelvo a quedarme a solas con lo que ya se ha ido.

MESTIZAJE

Reluce el mármol veteadado
entre la pomarrosa y el laurel
y algo como una suave gasa malva
deja sobre los mates barnices de la tarde
un voluptuoso amago de siesta femenina.

Una mujer de grandes ojos dulces
destaca entre los tórridos difuminos del patio
con un lánguido gesto de intimidada
por la inminencia de la fotografía.
Erguido junto a ella hay un niño
en cuyos tenues brazos zozobra una fragata
y a su lado una negra de pechos presurosos
sostiene una cesta de frutas
que parece ofrecer a algún oculto rondador.

Es utensilio extraño la memoria.
Evoco ahora lo que no he vivido:
una estirpe de nombres lentamente criollos
resonando en las ramas prenatales.
Esa es la abuela Obdulia y ese es mi padre
y esa es la casa familiar de Camagüey,
adonde yo llegué una tarde crédula
en busca de un ramal de mi autobiografía
y sólo hallé la cerrazón, el vestigio remoto
de un apellido apenas registrado
en las municipales actas de la infidelidad.
También yo estoy allí, huelo a melaza
rancia y a sudor de machetes,
oigo las pulsaciones grasientas del trapiche,
los encrespados fillos de la zafra,

siento la floración de un mestizaje
que a mí también me alía con mi propio decoro.

Cuánto pasado hay
en esa omnipresente estampa familiar.
Mientras más envejezco más me queda de vida.

(Ingenio de La Ceiba Grande, 1892-1968)

[De *Manual de Infractores*, 2005]

ATAJO DEL TIEMPO

Sedienta luz calcárea
que reptaba entre Damasco y Namaniyya,
la miel solar vertiéndose
por las juntas del adobe
y el brusco ardor del aire
arrastrando rastros entre ruinas,
mientras llegas
 no llegas
 a un chamizo
de polvorientos anaqueles, restos
de guarnicionerías y divanes
de ajada piel de cabra, dulces
andrajos de un linaje de príncipes,
y oyes de pronto el torrencial acorde
del arameo, único aduar del mundo
(te dijeron)
donde gentes de venerables rostros
y túnicas hendidas como llagas
hablan aún la lengua que habló Cristo,
en tanto que la trama del aire predecía
ese atajo del tiempo en que se aloja
la palabra matriz de las palabras.

SUMMA VITAE

De todo lo que amé en días inconstantes
ya sólo van quedando
rastros,

 marañas,

 conjeturas,

pistas dudosas, vagas informaciones:
por ejemplo, la lluvia en la lucerna
de un cuarto triste de París,
la sombra rosa de los flamboyanes
engalanando a franjas la casa familiar de Camagüey,
aquellos taciturnos rastros de Babilonia
junto a los suntuosos barrizales del Éufrates,
un arcaico crepúsculo en las Islas Galápagos,
los prolijos fantasmas
de un memorable lupanar de Cádiz,
una mañana sin errores
ante la tumba de Ibn'Arabi en un suburbio de Damasco,
el cuerpo de Manuela tendido entre los juncos de Doñana
aquel café de Bogotá
donde iba a menudo con amigos que han muerto,
la gimiente tirantez del velamen
en la bordada previa a aquel primer naufragio...

Cosas así de simples y soberbias.

Pero de todo eso
¿qué me importa
evocar, preservar después de tan volubles
comparencias del olvido?

Nada sino una sombra
cruzándose en la noche con mi sombra.

EFIGIE

Ella vendía frutas, abalorios,
flores de trapo en un bazar
de Esmirna, en el mercado de Sanlúcar,
en Basora, en Palermo, en Medellín.
Era la misma esclava manumisa,
eran los mismos desperdicios
amontonados en los intramuros
irreparables de la soledad.

La recuerdo entre brumas
suspensivas, rodeada de perros
y garrafas, un bulto aletargado
entre otros bultos igualmente inanes,
mientras caían como copos
las pedregosas horas del invierno.

Seguirá estando allí donde yo esté.

NECIOS CONTIGUOS

Abstemios y locuaces viven juntos
en la casa de la infelicidad.

Allí reciben con asiduo encono
a gentes ambidextras, adiestradas
en los arduos oficios
de la majadería y en los siempre viscosos
preceptos de los bienpensantes.

A chorros

vociferan, declaman,
abominan del rango de infractores, gustan
del sonsonete atroz de las tertulias,
consisten en ser sólo lo que son:
el eco triste de otros tristes ecos.

Escrito está en los márgenes
de libros y botellas:
los necios se asesoran de otros necios contiguos.

PRINCIPIO DE DEDUCCIÓN

Si es cierto que los sueños
son respuestas a todas las preguntas
que estuvimos haciéndonos
antes de nacer,
 la poesía
vendría a ser como la réplica
a ese interrogante
que se ha quedado aún sin contestar.

DE REPENTE, LA MÚSICA

De repente, la música.

Fulgor
inmemorial, emerge de lo absorto
y se estaciona
en estas anhelantes adyacencias
del silencio.

En derredor la luz
ocupa los audibles tonos fértiles
de un inmanente gozo sin segundo
y el veredicto de la plenitud
se filtra entre la furia voluptuosa
del saxo.

El mundo cabe en esa súbita
constancia musical de haber vivido.

ESPACIO FRONTERIZO

En alta mar el tiempo
se abalanza hacia atrás hasta que alcanza
un destino límite:
el confín del recuerdo, el punto cero
de donde irradia ese atavismo
que anida en las cavernas de la autodestrucción.

Una vaga complicidad, un paso a ciegas
por los despeñaderos prenatales,
los círculos borrados desde el centro,
la predicción retrospectiva del azar,
seducen al neófito.

Ninguna
palabra es ya como solía, ningún
instinto de supervivencia es ya el que era.

Espacio fronterizo, tiempo circulatorio:
al mar de donde vienes volverás algún día.

*(Todo lo que gira procede
de la iluminación del centro.*

Mevlana Rumi)

SECTA

Me asomo a un mundo numerado y veo
la secta envilecida de los hijos
de quienes ya eran hijos del oprobio.

Solapan sus linajes con cosméticos,
pero aun así no pueden
encubrir esa abyecta condición de gregarios
que sustenta su fe.

Se llaman
como sus gentes se llamaron,
nombres trucados de homicidas, nombres
hereditarios de secuaces
de soldadescas y de clerecías.

Son los mismos
que siguen solazándose
con las soflamas de los patriotas
y empuñan de continuo estandartes y cruces
con que emular a sus mayores,
mientras avanza por las avenidas
un cortejo triunfal de bienpensantes.

BIENAVENTURADOS LOS INSUMISOS

Ni la justicia con sus manos ciegas,
ni la bondad de ojos efímeros,
ni la obediencia entre algodones sucios,
ni el rencor que atenúa
la desesperación de los cautivos,
ni las armas que arrecian por doquier,
podrán ya mitigar esas lerdas proclamas
con que pretenden seducirnos
aquellos que blasonan de honorables.

Quienquiera que merezca el rango de insumiso
descrea de esa historia y esas leyes.
El poder de los otros
nada sino desdén suscita en él.
Ha aprendido a vivir al borde de la vida.

CAMPO DE SOLEDAD

La soledad que a veces, todavía,
te seduce a deshora, te somete
a un trato vejatorio, ¿no es la misma
que antaño te solía visitar
sin previo aviso, a horas intempestivas
o anunciándose de repente
con suavísimo trato de ramera?

La soledad de ahora se acrecienta
en su propia renuncia selectiva,
expande sus tentáculos
por las circunvecinas cavidades del ocio.

Pero ya tú no eres el mismo que solías
contribuir de grado a su caducidad,
ya eres otro inquilino
de esa dudosa deshabitación
que aún te otorga un consecuente
atisbo justiciero, una vaga
decencia inculpatoria, el desdén por lo obvio,
un repudio pugnaz por todo lo sectario
y esa humilde, obstinada convicción
de que todos aquellos que abominan
de los transgresores
padecerán un día ese otro suplicio
que otorga a los gregarios su propia soledad.

MADINAT AL-ZAHRA

Los que un día fundaran la suma fastuosa
de estos palacios y jardines,
¿vislumbraron acaso su efímera grandeza,
fueron conscientes de su fugacidad?

Y los que ahora mismo tratan de sustraer
de incurias y saqueos
tantas magnificencias devastadas,
¿saben que sólo unos vestigios les sobrevivirán?

Los hijos de los hijos
de quienes desentierran los despojos,
¿sospecharán también que nunca
alcanzarán a preservar
los pavimentos y artesones, las columnas y frisos,
baños, salones, acueductos, patios,
ese esplendor inmensurable
que hace mil años deslumbrara al mundo?

Quien ahora pasea entre escombros y atisbos
inusitados de belleza, musita de repente
una plegaria justiciera:

dejad

que las ruinas perpetúen su rango de ruinas,
que las piedras repelan a otras piedras innobles,
dejad piadosamente
que los muertos entierren a sus muertos.

(Marguerite Yourcenar,
Andalucía o las Hespérides)

DE LOS PELIGROS EPISTOLARES

No leas esta carta que te estoy escribiendo,
no la leas si puedes, criatura taciturna,
está llena de furias e infortunios,
está llena de deudas con los incorregibles
burdeles de la historia
y de una belicosa caterva de improprios
contra ti, contra mí, contra la fauna
de los siempre obedientes,
de los que nunca se equivocan, esos abominables
precursores de nada que peroran
en los arengatorios de la mediocridad.

No leas esta carta si es que puedes,
sólo la escribo a modo de coartada
para no desertar.

Soy aquel que no quiso
recurrir al recurso del silencio
cuando ya no quedaban palabras por aquí.

[De *La noche no tiene paredes*, 2009]

TIEMPO DE LOS ANTÍDOTOS

La edad me ha ido dejando
sin venenos, malgasté en mala hora
esa fortuna,
¿qué más puedo perder?

Llega el tiempo ruin de los antídotos.
Materia devaluada, la aventura
disiente de ella misma y se aminora.

Ya sólo quedan rastros de peligros,
una zona prohibida apenas frecuentada,
la pauta exigua de lo inconfesable,
cierto amago fugaz de furia y desacato.

La osadía de bordes delictivos,
los deseos gastados
en los bruscos dispendios de la infidelidad,
la virtud y su inercia depravada,
el amor consumiéndose
como un licor impuro, la excitante
trastienda de la noche,
¿qué se hicieron?

Los años, ay de mí, me han desmentido.

NADIE

Me están llamando
¿y quién responde?

Grave y veraz, la piedra
sigilosa cimenta su mutismo.

Desoye el árbol las invocaciones
erráticas del viento, mientras
sus vacilantes cuencas enmudecen
frente a las desbandadas de la luz.

Como un vaho gravita el anhelante
oficio de estar vivo y en lo hondo
de los drenajes de la soledad
los pájaros silencian sus generaciones.

Me llamo Nadie, como Ulises.
¿Y quién responde?
Nadie:
una pared vacía, una página en blanco.

VIVIR MIRÁNDOTE

En tus ojos un mapa vaticina
el futuro,
 bajíos, gozos altos, hondas
grietas, un lodazal, Dios mío,
de espantosa vorágine
 y aquella
puerta abierta para entrar
donde estaba esperando
el cuerpo más desnudo de la noche.

Una ventana al tiempo son tus ojos,
me hablan siempre de ti y me restituyen
de todo lo pasado antes de que pasara.

¿Qué habría sido de mí sin esas donaciones
consoladoras de tus ojos? ¿Cómo
habría yo podido sustraerme
a la evidencia de saber que he vivido
porque estaba mirándote?

MADRE

En el cercado prenatal del tiempo, allí
donde se neutralizan los nombres de las cosas,
está la madre.

Observa
la trabazón de la cocina, el incoloro
significado de los desperdicios,
el granero que emerge de pura redondez.

La madre está alojada en su linaje,
habla de esponjas y alacenas, habla
de efigies, de pretéritos, de agujas,
sabe aislar las mentiras
que anidan de continuo en la verdad.

Cada vez más evoca a una madre primera,
tiene el rostro marcado
de una orfandad de hija y de recién parida,
no se equivoca nunca
porque nunca tampoco ha sabido quién era.

CUERPO DESNUDO, YA NO TE CONOZCO

Cuerpo desnudo, ya no te conozco,
llegas de lejos y desentendido,
te acercas con despacio
¿desde dónde?,
permaneces inmóvil frente a mí
y ya no te conozco.

Relámpago tenaz, persistes
como una flor de otorgaciones
y transcurres lo mismo que esa luz,
un vago lienzo triste tremolando
entre las raudas cláusulas del tiempo.

Cuerpo desnudo, pedestal de niebla
donde se juntan finalmente
las fases del temor y sus contrarios,
dulce efigie carnal a quien ya no conozco.

VÍA DE SUFÍ

En la azulada Esmirna fui gaviero en nave irrelevante
y vendedor de gemas en el zoco de Izmábula
y copista de textos persas para la biblioteca del emir
de Córdoba.

Me ocupé en otros muchos quehaceres interinos
hasta que entré a servir a Juan Cantacuceno,
ejerciendo de instructor de conscriptos en el saco
de Pérgamo.

Pero lo único que verdaderamente hice fue viajar en
secreto hasta Damasco,
sorteando innúmeros escollos, la vida en vilo cada día,
en busca de un anciano de sabiduría irrestricta que luego
habría de ser reverenciado en Al-Ándalus.

He atravesado la densa estopa circular de los siglos
y he llegado incólume a los palacios fastuosos de
Medinat al-Zahra,
donde cada atardecer recito un poema que no he
leído nunca,
pero que me trasmitió desde su cueva de eremita desierto de
Tahmur
aquel maestro venerable cuya enseñanza es todo lo que
mi alma ha llegado a saber.
Por siempre sea loado quien así quiso infundirme
el don heroico de poder franquear las puertas esotéricas
y gozar finalmente de ese mirífico entendimiento
que va más allá de toda realidad.

(Yalai ad-Din Rumi)

MALA HORA

Tristeza de la caja de latón
vacía y el color azafrán
de la pared.

Tristeza de la puerta
condenada y de los arriates del jardín
donde se han ido acumulando
los segmentos nocivos de los días
y del derramamiento de la bruma
con su rastrero fleco de hopalanda.

Tristeza de la luz
de acetileno y de los zócalos
tan blancos de los hospitales y de la lenta
respiración de la basura y de los charcos
al pie de las farolas del amanecer.

Tristeza de los maniqués
amontonados en su osario y del resol
municipal ungiendo
los bancos herrumbrosos del domingo.

Tristeza
de estar aquí acordándome de algo
que queda ya más lejos que el recuerdo.

ANTIGUO VERANO

Las alas del jubiloso julio
concuerdan con la cal
de la azotea.

Cruzan el aire
las leves fumarolas del crepúsculo
y persevera en la memoria
la vida aquella que tú más querías,
el alambique de fulgor doméstico
donde ardió la niñez, la diurna luna,
el despiadado estigma del calor,
el aire tan vibrante como piel de timbal.

Las turbulencias bruscas del verano
no son sino añagazas que conducen
a la azotea donde tú solías
tramitar los sedantes de la noche.
Junto a la cal, la tórrida frontera
donde empezaba a darse a conocer la vida.

DE REPENTE NO HAY PÁJAROS

De repente no hay pájaros.
Desde un boquete gris del duermevela escucho
el sigilo del aire, el cóncavo
baldío del no canto.

¿Dónde habla
la vida, con qué equivocaciones
enmudecen sin más
los insectos, los árboles, las fuentes?

Contemplo ese magnífico
instrumental de la naturaleza,
los sonidos no audibles hacinados
en la parasitaria cerrazón del paisaje.

Ya no soy más que ese silencio
generado en el hueco de un despertar sin pájaros.

BORDES DEL SILENCIO

Las palabras con las que has convivido
durante tanto tiempo, ¿siguen
sirviéndote de algo? ¿Podrás valerte de ellas
cuando ya los antídotos
contra tu propia decepción
se hayan ido agotando?

Cueva nocturna, música
emborronada, opaco
embate agreste de la luz, herrumbre
de adjetivos que rondan
el marasmo, ¿con qué herida
coincidirán por fin los bordes del silencio?

CAMPO DEL SUR

En ese barandal contra el que rompe
su antiquísima cólera
el tenebroso mar, vi yo una noche al dios de los creyentes.

Una luz repentina y de potencia incongrua
vertiginosamente desplazada
desde el no sitio hasta mi parte oscura,
una exhalada unción del desconocimiento
estacionada en lo más lúcido de la concavidad
de la conciencia.

Y luego el humo,
¿el humo?,
la vibración de un vaho fluyendo desde dentro,
la gran verdad en fulgurantes moratorias,
y ese letargo oblicuo, esa porosa dejadez
que iba rompiendo a tientas las ataduras de la plenitud.

¿Sentí yo todo eso o fue una antigua desazón
desplazándose en luces inasibles
por las perturbadoras rutas de lo invivido?

*(...basta que mi mitad de luz se cierre
con mi mitad de sombra.
Juan Ramón Jiménez)*

MAR MEDIADORA

Mar mediadora y madre
nuestra, mar de epitafios y de mentideros,
mar de martirios inmediatamente,
mar enemiga de los mentecatos,
mar como boca inmensa
de la ocultación,
tuyo es el reino donde nada
es de nadie, tuya la hermética
complicidad de los terrores, el secreto
abisal del fundamento, tuya la vengadora
postergación de temerarios
y arrogantes, tuya la procelosa
sima de libertad de la gran guarida.

Mar de maderas muertas y de desmemorias,
magisterio magnánimo de náufragos,
mar mediadora y madre nuestra.

POMPAS FÚNEBRES

Esa paloma que cada tarde sobrevuela la plaza
consecutivamente obstruida de fumarolas, niños y locomociones,
esa incauta paloma que a veces se aventura a anidar en los hoscos tinglados
portuarios
o entre los voladizos donde el sol ejecuta inadecuados aguafuertes,
no es la misma que ronda el quimérico tragaluz de la noche.

(Nada de lo que ocurre de día es lo mismo de noche,
cuando los subrepticios módulos de la imaginación se vuelven más
impredecibles
y no hay nada que permita distinguir los intervalos taciturnos de la claridad).

Esa paloma extraviada, esa paloma malherida que cruza la tiniebla,
¿de qué sangre procede, de qué pugna, de qué estrago lunar?
¿Reconoce tal vez el camino que frecuentan los erráticos dispositivos de la ira,
los siempre eventuales armisticios con los que se interrumpen las
transacciones de la brutalidad?

Esa paloma de tan egregias credenciales
que se esconde para morir, en ningún caso es ya la misma
que aún sirve como emblema de líderes, prebostes,
pobres hijos de puta que se intercambian numerosamente libelos y baldones,
que se reúnen en las salas de juntas para distribuir esos últimos vestigios de
paz interpolados
entre las contabilidades de hambrunas y exterminios.

Esa falaz paloma de alas prensiles proveniente sin duda del peor
acuartelamiento de la noche,
ya no es más que un lienzo fúnebre tendido entre las tachaduras
de una historia que el tiempo ha acabado por dismantelar.

DE DONDE NO SE VUELVE

No volveré ya nunca a Alepo, allí
donde florece cada día una bifurcación
inextinguible de mi historia
familiar, aquella travesía
de un linaje de mercaderes
por rutas perentorias, férvidas
trazas de un destino propicio donde
la incitación del Éufrates glorioso
se asociaba sin tregua y sin remedio
al arcaico esplendor del mar de Cádiz.

Ya no iré nunca a Alepo porque nunca
tampoco podré volver de allí.

Triunfante siempre frente a sus codiciosos
sitiadores, aún conserva entre las venerables
piedras de la ciudadela y el sapiente
cercado ajeno del *caravansary* y la madraza,
el gran secreto de las reclusiones
gozosas, esa enigmática fascinación
que le impide al viajero emprender el retorno.

Nadie que llegue a Alepo
después de haber vivido donde yo viví,
podrá escapar ya nunca de esa seducción.

(FRAGMENTO FINAL)

desvivido de mí distanciado de mí excluido de las sagradas barras de los bares
ya los cansancios resbalando con dejes de algodones invernizos
por tantas macilentas techumbres pobladas de criptógamas
permanezco no más en las moradas menos transitables menos doctas
vivo detrás de mí entre aquellos ausentes a quienes quise antaño tan de cerca
y que fueran un día igual que dioses en un mísero reino de rufianes

¿sabe usted cuánto tiempo ha pasado desde la última vez
que anduve preguntándome aun sabiendo que la contestación era ninguna
por todo aquello que se fue agostando en los atrases de la vida
en esa displicente manera de extirpar aquello que se olvida con despacio
lejos de cualquier parte de donde irradian juntas todas las cercanías?
¿sabe usted qué innumerable sarta de conmisericiones
es necesario reunir para alcanzar esa envidiable orilla
donde van extinguiéndose de consuno la insolencia la vanidad la jactancia?

no sé si finalmente podré sobrevivir a las plurales índoles del miedo
los miedos inducidos los miedos oriundos de alcornos impensables
los miedos olvidados los largos los ingentes los acérrimos miedos olvidados
que regresan con uñas con ocelos para reabrir el pozo de la desazón
los rigurosos miedos que tanto se parecen al ejercicio de la valentía
y todos esos miedos mudables subalternos
la salud la justicia el desamor la soledad la muerte la maquinaria de la vida
que ocurren de repente en la martirizante esquina de la fragilidad

tengo miedo ahora mismo madre miedo de llegar de no poder llegar
tengo miedo de lo acumulativo y lo disperso de no callar de estar callado
de la memoria de la desmemoria de lo inminente de lo antojadizo

de regresar ya anciano hasta tu vientre madre
de perderme en las equidistancias de todos los pretéritos
y oír allí definitivamente la voz universal que alienta en lo más íntimo
la común propiedad en que confluye la voz de cada uno madre

me asilo en los amenos territorios nativos donde ya todo es póstumo
y dejo en las afueras los artefactos honorables los lastres del oficio
tantas y tan efímeras disonancias urdidas con la rabia y con la idea
me alejo de mi nombre de inmediato me alejo igual que un ala de su aire
o tal vez como el árbol talado sólo para probar la solvencia del hacha

cierro las negras puertas de la historia los cartapacios del pasado
de todo lo demás no queda nada
apenas el guarismo desigual irrestricto de unas privadas entreguerras
el monocorde olvido el tiempo el tiempo el tiempo
mientras musito escribo una vez más la gran pregunta incontestable
¿eso que se adivina más allá del último confín es aún la vida?

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
LAS ADIVINACIONES, 1952	
Versículo del génesis	25
Transfiguración de lo perdido	27
Domingo	28
MEMORIA DE POCO TIEMPO, 1954	
Un cuerpo está esperando	30
Toda la dicha cabe en una lágrima	32
Aspiración a la alegría	33
Parte de una vocación	34
ANTEO, 1956	
Tierra sobre la tierra	35
LAS HORAS MUERTAS, 1959	
El patio	38
Circuito cerrado	41
Desnudo estoy igual que este papel	42
Diario reencuentro	43
Vivo allí donde estuve	44
Mañana, me decían	45
PLIEGOS DE CORDEL, 1963	
Otra vez en lo oscuro	47
Primeras letras	49
La llave	51
El registro	53
DESCRÉDITO DEL HÉROE, 1977	
Hilo de Ariadna	55
Mantis	58

Vispera de la depresión	59
Ambigüedad del género	60
Hoy no	61
Prefiguraciones	62
Doble vida	63
Del diario de Kafka	64
Sobre el imposible oficio de escribir	65
Tema cero	67
La otra cólera de Aquiles	68
Sal de Sodoma	69
Barranquilla la nuit	70
Anamorfosis	71

LABERINTO DE FORTUNA, 1984

Epístola censoria	72
Por nada del mundo	73
La botella vacía se parece a mi alma	74
Agenda	75
Super flumina Babylonis	76
Me hago cargo	77
Santo oficio	78
Lima de piedra	79
Femme nue (Picasso)	80
Después	81
Ítem mas	82
Teatro privado	83

DIARIO DE ARGÓNIDA, 1997

Apunte del natural	84
Acerca de un derribo	85
Cotejo de fuentes	86
Didáctica	87
Sucesor de asesino	88
Un paradigma	89
Nocturno con barcos	90
Biobibliografía	91

A modo de recompensa	92
Sentencia y despedida	93
Mestizaje	95
 MANUAL DE INFRACTORES, 2005	
Atajo del tiempo	96
Summa vitae	97
Efigie	98
Necios contiguos	99
Principio de deducción	100
De repente, la música	101
Espacio fronterizo	102
Secta	103
Bienaventurados los insumisos	104
Campo de soledad	105
Madinat Al-zahra	106
De los peligros epistolares	107
 LA NOCHE NO TIENE PAREDES, 2009	
Tiempo de los antidotos	108
Nadie	109
Vivir mirándote	110
Madre	111
Cuerpo desnudo, ya no te conozco	112
Vía de sufi	113
Mala hora	114
Antiguo verano	115
De repente no hay pájaros	116
Bordes del silencio	117
Campo del sur	118
Mar mediadora	119
Pompas fúnebres	120
De donde no se vuelve	121
 ENTREGUERRAS O DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS, 2012 .	
	122

Este libro se terminó de
imprimir en abril de 2013
con motivo de la celebración
del Día Internacional del Libro

